

# Globalización: Mito y realidad

Jürgen Schuldt

Jaime Astudillo Romero

Marena Briones Velasteguí

José María Tortosa

Juan Francisco Martín Seco

**FRIEDRICH  
EBERT**   
**STIFTUNG**

  
ILDIS

  
EDITORIAL

338

571

7628  
5775  
Ecuador

**GLOBALIZACION: MITO Y REALIDAD**

**Autores:** Jürgen Schuldt, Jaime Astudillo Romero, Marena Briones Velasteguí, José María Tortosa y Juan Francisco Martín Seco

**Edición:** ILDIS (Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales)  
Calle: José Calama Nº 354 y Juan León Mera  
Casilla: 17-03-367  
Teléfonos: (593-2) 562103 / 563664  
Fax: (593-2) 504337  
E-mail: ildis1@ildis.org.ec  
Quito-Ecuador

**TRAMASOCIAL** Editorial  
Calle: Reina Victoria 447 y Roca Of. 2-B  
Casilla: 17-21-354  
Teléfono: (593-2) 529246  
E-mail: tramasoc@uio.satnet.net  
Quito-Ecuador

**Diseño de portada y diagramación:** Eduardo Sánchez R.

**Registro Nacional de Derechos de Autor** Nº 012204 de septiembre 17/98  
**ISBN:** 9978-40-660-3

**Impreso en Imprenta Tinta Fresca-Teléfono:** 566320  
Quito-Ecuador - septiembre de 1998

# Indice

Presentación .....	7
Desmitificando el concepto de globalización <i>Jürgen Schuldt</i> .....	9
Globalización y diversidad <i>Jaime Astudillo Romero</i> .....	39
La globalización y las mujeres ¿Una cuestión de identidad? <i>Marena Briones Velasteguí</i> .....	57
Globalización y diferencias culturales <i>José María Tortosa</i> .....	69
Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo <i>Juan Francisco Martín Seco</i> .....	87

## PRESENTACION

*En los últimos años ha cobrado inusitada fuerza la globalización como un concepto utilizado para explicar la realidad mundial y, además, para graficar el camino a seguir. Camino prácticamente indiscutible, en tanto consolida un instrumentario ampliamente conocido -en particular de políticas económicas aperturistas y liberalizadoras-, transformado en la única opción viable y recomendable. Su lógica y sus alcances asoman como elementos indiscutibles. Esta sería la senda obligada para superar el subdesarrollo, en medio de una avalancha ideológica que trasciende ampliamente el estrecho campo de la economía y sus repercusiones inmediatas.*

*Para abordar esta problemática, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), la Casa de la Cultura de Cuenca y la Universidad de Cuenca organizaron varios encuentros de tipo académico, en los cuales se discutieron los temas vinculados a la globalización desde diversos puntos de vista. Algunos de los trabajos presentados han sido recogidos en este libro, con el cual se desea ampliar el*

*ámbito de discusión.*

*En este trabajo de enorme actualidad se incorporan cinco aportes valiosos de especialistas de renombre internacional: el doctor Jürgen Schuldt, vicerrector de la Universidad del Pacífico en Lima, abre el libro con un artículo destinado a desmitificar el concepto de globalización; el doctor Jaime Astudillo Romero, vicerrector de la Universidad de Cuenca, presenta varias reflexiones en torno a la cultura regional desde la lectura de la globalización y la diversidad; la abogada Marena Briones Velasteguí, catedrática de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, aborda el tema desde la identidad de las mujeres; el doctor José María Tortosa, catedrático de la Universidad de Alicante, debate la globalización a partir de las diferencias culturales; el doctor Juan Francisco Martín Seco, exfuncionario del gobierno español y catedrático universitario, nos ofreció una visión comprometida con la situación y límites del sistema económico internacional. De esta manera, el ILDIS, con el concurso de la Editorial TRAMASOCIAL, propone nuevos elementos para la reflexión y el debate dentro de la Serie de Estudios sobre Globalización.*

*Hans-Ulrich Bünger*

*Director del ILDIS*

*Enrique Arias*

*Director de TRAMASOCIAL*

# Desmitificando el concepto de globalización\*

— Jürgen Schuldt\*\*

*"La Globalización no es nueva. Nosotros en el Tercer Mundo estamos muy familiarizados con ella. Acostumbráramos llamarla Colonización".*

Vandana Shiva, 1996<sup>1</sup>.

Entre políticos, periodistas, científicos sociales y voceros de fundaciones y organismos internacionales, hoy en día el concepto de "Globalización" se ha convertido en el término de moda (Acosta, 1996: 57; Hinkelammert, 1997: 42), como antaño lo fueran los de "Colonialismo", "Imperialismo", "Modernización", "Dualismo" y similares. En la voluminosa literatura que ha veni-

---

\* Una primera versión de este ensayo fue presentada como ponencia al seminario "Globalización: Aspectos Económicos, Culturales y Éticos", Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Lima, 20 de febrero de 1997). Una segunda fue publicada en la revista "Ecuador Debate" N° 40, Quito, Centro Andino de Acción Popular. Esta tercera fue presentada en la ciudad de Cuenca, Facultad de Economía, en el Seminario "América Latina y el Sistema Internacional Contemporáneo: Perspectivas Políticas y Económicas", organizado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y la Universidad de Cuenca. 27 y 28 de noviembre de 1997.

\*\* Profesor Principal, Investigador y Vicerector de la Universidad del Pacífico, Lima.

1 Cita adoptada del texto de Randel D. Hanson, "Economic Globalization: The New Columbus?", en: The Circle, enero 31, 1996 ([http://www3.eiibrary.com/s/s/nettest/getdo...005&Form=RL&pubname= Circle\\_ The&puburl=0](http://www3.eiibrary.com/s/s/nettest/getdo...005&Form=RL&pubname= Circle_ The&puburl=0)).

do apareciendo recientemente, muchos lo asocian a términos tales como los de “competitividad internacional”, “interdependencia”, “transnacionalización”, “internacionalización”, “mundialización”, “integración internacional”, etc., los que a su vez conducen a asociaciones como las de “aldea global” (McLuhan) o “sociedad mundial”, entre otras similares. De ahí que, según Drache (1996: 31), efectivamente estaríamos frente a una especie de síndrome de la globalización-de-todo.

Supuestamente este concepto totalizante serviría para comprender la nueva dinámica mundial, en sus aspectos económicos, socioculturales y políticos, y en muchos casos hasta éticos, ecológicos y militares. Consecuentemente, constituiría la base para el diseño de políticas adecuadas para que los países puedan adaptarse adecuadamente a las profundas transformaciones que vienen procesándose aceleradamente en el entorno internacional.

Sin embargo, si bien esa mágica palabra está en boca de todos y para tratar todo tipo de temas, cada cual maneja el concepto a su antojo, como se acostumbraba en su momento con términos tales como los de “Marginalidad” o “Dependencia”, y como hoy se abusa de los conceptos de “Populismo” o “Clientelismo”. Con ello los contenidos de la palabra resultan disímiles y hasta contradictorios, por lo que los debates se empantanaban en ambigüedades, distraen la atención de los aspectos medulares de la nueva división internacional del trabajo y, lo que es peor, impiden el diseño de lineamientos y propuestas de política para América Latina en general y de los países andinos en particular. Es decir, imposibilitan establecer coherentemente los términos específicos de inserción o desacoplamiento relativos que debiéramos adoptar en la economía mundial y los cambios que ellos requerirían para emprender la marcha hacia un nuevo patrón de acumulación. Más aún, no observamos noción clara alguna de lo que podría ser el “nuevo orden mundial”, precisamente por la presbicia histórica, los estrechos puntos de partida y la diversidad de ejes de análisis

que predominan hoy en los ensayos que versan sobre o aluden a esta compleja problemática de la “globalización”.

Ya que en este campo prácticamente se ha dicho todo y de todo, no es mucho lo que nosotros podríamos añadir. De ahí que en estas notas intentaremos sintetizar algunas discusiones a fin de desmitificar el término a partir de la evaluación de una selección de escritos. Ésta, sin embargo, no es ni exhaustiva, ni sistemática, aunque sí pretende ser representativa -en términos gruesos- de la abundante bibliografía que circula sobre el tema. Con ello queremos darle un énfasis distinto al que deriva de la literatura dominante sobre esa materia. En lo fundamental trataremos de ordenar el debate en torno a un número determinado de tesis equivocadas y/o falacias referidas a la Globalización, que posteriormente contraponaremos a ciertas hipótesis alternativas que a nuestro entender permitirían encuadrar más adecuadamente los análisis sobre la cambiante economía política internacional.

Con estas reflexiones generales intentaremos convencer al lector que debería desechar de su léxico el término de Globalización, por lo menos si desea comprender las tendencias actuales de la economía política internacional y actuar dentro de (¿o contra?) ellas. Una vez más, pensamos que, con la venia de las ciencias sociales, se utiliza un término ideológicamente; en este caso, específicamente para favorecer los intereses de ciertos segmentos de intereses y fracciones sociales internacionales y nacionales.

Franz Hinkelammert lo ha expresado claramente: “Después del colapso del socialismo histórico (...) la sociedad burguesa necesitaba una palabra para designar su dominio mundial efectivo y la profundización global de este dominio en el futuro. La palabra ‘globalización’ fue escogida como el portador ideológico de esta aspiración total. Cambió el diccionario del newspeech. Si antes ‘global’ era una denuncia dirigida contra los críticos de la sociedad burguesa, ahora fue transformada en portador de una do-

minación global. Con el enorme esfuerzo de los medios de comunicación, la opinión pública reaccionó como el perro de Pavlov. Hoy todo tiene que ser global” (1997: 42).

En el fondo, quizás recién dentro de un siglo podamos hablar en serio -si somos optimistas- de una globalización en el sentido estricto de la palabra, entendiéndola como un mundo sin fronteras (Ohmae, 1993: 78)<sup>2</sup>. Eso es algo a que todos aspiramos: un mundo integrado, libre y en paz, en el que todos tengan igualdad de oportunidades en el acceso a bienes, servicios, capitales, educación, salud, tecnología y fuerza de trabajo, respetando los modelos económicos particulares y las heterogeneidades políticas, sociales y culturales internas a cada nación.

En lo que sigue expondremos algunas de las principales tesis en boga sobre la globalización, tratando de discutir sus limitaciones y, en algunos casos, las confusiones y contradicciones a que conducen.

### Primera falacia: La Globalización es un fenómeno reciente

Para la gran mayoría de autores la “globalización” se habría iniciado en el transcurso de las últimas décadas; para unos en los años sesenta (Agosín y Tussie, 1993: 566), para otros más en los setenta (Petrella, 1996: 62) y no son pocos los que la fechan en los ochenta (Campodónico, 1994: 8) e incluso recién desde el primer lustro de los noventa.

Dada la complejidad del fenómeno, evidentemente resulta imposible determinar una fecha aproximada para determinar su ini-

---

2 En ese sentido no recusaríamos el término de globalización para quienes pretenden hacer proyecciones hacia fines del siglo XXI, pero no para los que están preocupados de los procesos actuales que moldearán las décadas entrantes.

cio<sup>3</sup>, básicamente porque se trata de un proceso multifacético que se ha ido incubando a lo largo de varios años y décadas, por no decir siglos. Según la definición que de la globalización diseña cada autor, para gran parte de ellos se desata por la conjunción de una serie de procesos que estarían conduciendo hacia una nueva especie de Gran Transformación (en el sentido de Polanyi, 1944).

Sin embargo, independientemente del concepto que maneje cada cual, cabe preguntarse ¿por qué ese proceso se habría iniciado sólo hace poco? Si revisamos la literatura, veremos muy bien que podría hablarse de globalización desde hace siglos, desde el momento en que uno considere que la interdependencia entre las naciones -en los términos que fuere- se ha desarrollado aceleradamente. Así, por ejemplo, quienes comparten el enfoque de la “economía-mundo” (Wallerstein, 1979) dirían que ella se inicia con el capitalismo comercial, desde fines del siglo XV o inicios del XVI. También podría argüirse que desde que Colón llega a América, con lo que se comunican todos los continentes, se inicia tal proceso, tal como lo sugiere Hanson (1996): “En el año milcuatrocientosnoventaids Colón navegó el azul océano; hoy en día Colón vuelve a navegar, con el GATT y el NAFTA de tripulación”.

Tampoco sería descabellado pensar en la inauguración del proceso globalizador con la concepción del mundo como globo, lo que nos llevaría a esa misma época y directamente al paradigma heliocéntrico de Nicolás Copérnico (como lo plantea ingeniosamente Hinkelammert, 1997).

Por su parte, los defensores de las “ondas largas” del capitalismo -en especial los neoschumpeterianos- la datarían con la ma-

---

3 Sin embargo, hay algunos que son muy precisos; para quienes un solo hecho activa a todos los demás. Por ejemplo, Petrella (1996: 68) afirma que “el evento que señaló la llegada de la nueva era (J.S.: se refiere a la globalización) fue la Declaración de Richard Nixon de la inconvertibilidad del dólar en 1971”. Otros la atribuyen al primer choque petrolero de fines de 1973.

duración de la Revolución Industrial (período 1780-1830) y, quizás, más precisamente hacia mediados del siglo pasado cuando se expande a escala internacional el uso del barco a vapor y el ferrocarril. Estos arguyen, con razón, que desde entonces los ciclos económicos de las economías más desarrolladas de esa época comienzan a coincidir -si bien gruesamente- cada vez más entre sí, como consecuencia de la creciente interdependencia que se generó entre ellas a partir de la revolución industrial inglesa.

Y así sucesivamente, el inicio de la denominada globalización se podría ubicar más atrás o para adelante de los períodos arriba mencionados, según las preferencias del ponente.

Streeten, por su parte, es más que claro en su periodización, en especial cuando cuestiona la falta de perspectiva histórica de los que defienden la hipótesis de la globalización: “La ilusión de una globalización creciente surge desde una perspectiva de corto alcance que sólo observa los últimos 30 o 40 años, cuando los países se encontraban excepcionalmente cerrados como consecuencia de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial” (1996: 8)<sup>4</sup>. Para un análisis cuantitativo más detallado de las supuestas tendencias globalizadoras, que cuestiona el saber convencional contemporáneo respecto a la supuesta novedad de la globalización, véase el trabajo de Paul Bairoch (1996).

## Segunda falacia: La globalización es una nueva “etapa” del desarrollo capitalista

Pocos autores conciben la globalización como un proceso cíclico (v.gr. Oman, 1996); la gran mayoría lo ve como una nueva

---

<sup>4</sup> “The illusion of rapidly increasing globalisation arises from a short time perspective that looks only at the last 30 or 40 years, at the beginning of which countries were exceptionally closed as a result of the Great Depression and World War II”.

era del capitalismo. Pero, para ser coherentes, curiosamente los autores que la perciben así, no definen las “etapas” previas en esos mismos términos cuasi-espaciales. ¿Por qué no hablan de la “fase” anterior como la de la “hemisferización” Este-Oeste o de aquella existente entre Norte y Sur? ¿Y por qué no refieren la que las precede como la de la “continentalización”? ¿Y de la anterior a ella como aquella de la “Nacionalización”? Y así sucesivamente hasta el inicio de los Tiempos<sup>5</sup>. Se observa, pues, una asimetría en el uso de este término “geográficamente concebido”. Peor aún, cabría preguntarles, ¿cómo y por qué se pasó de una “etapa” a otra?

Los autores más sofisticados diferencian, bastante más coherentemente, entre las fases -que además se sobrepondrían entre sí- de internacionalización, multinacionalización y globalización del desarrollo (capitalista) a escala mundial. La primera se habría dado con el Mercantilismo, por la aceleración del intercambio de mercancías, dinero y gente entre dos o más países; la segunda correspondería a la transferencia de recursos de una economía a otra, consistente en el establecimiento de capacidades de producción (a través de filiales, subsidiarias, adquisiciones, etc.); y la tercera ya completaría los procesos anteriores, como consecuencia del establecimiento de una multiplicidad de encadenamientos e interconexiones complejas entre Estados y Sociedades, entre Corporaciones Transnacionales y Organismos Multilaterales.

### Tercera falacia:

Los principales recursos de la globalización son la información y el conocimiento

Según los adalides de este enfoque, la etapa actual del desarro-

---

5 Para ser coherentes, llevando el argumento hasta sus extremos, deberían hablar de “universalización” o “planetarización” desde mediados de 1969 cuando el primer ser humano pisó la luna.

llo mundial se basaría en el saber técnico, en la información y en la capacitación múltiple y sofisticada, ya que ellos serían la base del dominio tecnológico (en un sentido estrecho o muy amplio, según cada autor) contemporáneo.

A ese respecto, cabría preguntarnos ¿en qué momento de la historia de la humanidad el conocimiento y la innovación no han sido la base para el “desarrollo” y el dominio de un pueblo o una nación o de varias sobre otras? El desarrollo de la agricultura, el dominio de los mares, la expansión de la manufactura y de la industria moderna, etc., ¿no han sido siempre los canales a través de los cuales se ejerció este poder? Sin saber tecnológico “de punta” -un concepto históricamente relativo- ello no habría sido posible y siempre ha existido. ¿Por qué el actual proceso de “globalización” sería el único que requeriría información y “educación” muy especializada?

Alvin y Heidi Toffler lo han expresado nítidamente: “Todos los sistemas económicos descansan sobre una ‘base de conocimientos’. Todas las empresas dependen de la existencia previa de este recurso de construcción social. A diferencia del capital, el trabajo y la tierra, aquél suele ser desdeñado por economistas y ejecutivos cuando determinan las aportaciones precisas para la producción. Y, sin embargo, este recurso es el más importante de todos” (1995: 42).

El conocimiento siempre fue esencial para el desarrollo mundial; lo que ha cambiado es su contenido y la velocidad a la que se difunde y adopta. Las revoluciones tecnológicas que se han dado en los últimos doscientos años se basaron en innovaciones y conocimientos que dieron poder a quienes las poseían (y “dependencia” o “marginalidad” a los que no). Por lo demás, es el tipo de conocimiento relevante el que interesa, más que el conocimiento en general; y cada fase o proceso de desarrollo capitalista requiere de sistemas y contenidos del saber distintos y, consecuentemente, capacidades y habilidades diferenciadas en el tiempo.

## Cuarta falacia: Los agentes dominantes de la globalización son las empresas transnacionales

¿Quiénes son los agentes de la globalización”? Según Oman (1996: 27): “Es motivada por las acciones de actores económicos individuales -compañías, bancos, personas- usualmente en busca de beneficios y, a menudo, estimulados por las presiones de la competencia”. Pero, preguntaríamos, ¿eso no fue siempre así?

Aunque con otro nombre, ¿no existían siempre estos conglomerados empresariales para dominar el mundo? ¿Qué fue sino la Compañía (inglesa) de las Indias Orientales? ¿Qué la Sociedad (francesa) de las Colonias? ¿Qué significó la “empresa” de Colón? Y, ya más tarde, ¿las empresas multi y transnacionales de la pre- y post-Segunda Guerra Mundial? Es cierto que los conglomerados empresariales funcionan de otra manera hoy, pero siempre han existido y dominado el mundo a través de los más variados mecanismos.

Más adelante veremos que efectivamente las corporaciones transnacionales son “el agente No. 1” de la nueva economía mundial. Pero son sus nuevas estrategias y comportamientos los que han cambiado y los que hay que entender para captar la dinámica del mundo actual. En esencia, lo novedoso y más interesante es el esquema de alianzas estratégicas que vienen implementando entre ellas, si bien casi exclusivamente en el área de la tríada conformada por Europa, EEUU y Japón. En añadidura, son las tecnologías de los procesos, más que de los productos, los que han pasado a dominar en los sistemas de producción; es el conocimiento de aquellos el que otorga poder y ventajas comparativas dinámicas.

### Quinta falacia:

La globalización se expresa en los mayores y más libres flujos de “factores de producción” en todos los mercados

Esto significaría que estamos atravesando una fase en el desarrollo mundial que nunca antes ha mostrado procesos más libres de comercio de bienes y servicios y de capitales, en la diseminación tecnológica, y en la migración masiva de trabajadores y de “cerebros”, entre otros.

Lo repetimos, hay muchas fases en la historia en que esto mismo ha sucedido. ¿Qué es lo nuevo? No, evidentemente, lo Global, sino –una vez más- las formas y contenidos que han venido adoptando los flujos mencionados, su funcionamiento específico y las novedosas interacciones e interrelaciones que se han ido gestando. Por lo demás, siempre se han dado reflujos y retrocesos en esos procesos, con lo que quienes utilizan el término y quieren ser coherentes, tendrían que hablar de “desglobalización” en la próxima etapa de crisis que se presente.

En la práctica cada una de las diversas “revoluciones tecnológicas” que siguieron a la Revolución Industrial (Schuldt, 1990) aceleró y modificó los flujos económicos y financieros, cambió las relaciones Estado y Sociedad Civil, reconfiguró las naciones hegemónicas a nivel mundial, llevó a renovadas estrategias empresariales, transformó el tipo y direccionalidad de los flujos financieros dominantes, etc. Si bien en cada caso se estimularon tales tendencias, en general, ellas se concentraron en ciertos espacios económicos a nivel mundial. Igual sucede hoy en día.

En lo que al flujo de bienes y servicios se refiere, si vemos las cifras de Maddison(1992: 209), comparando la relación Exportaciones/PIB de 1913 y 1986, no parece haber mucha diferencia

entre la “apertura” pre-primera-guerra y el año más reciente, período durante el cual incluso los principales países (excepto Alemania) están más “cerrados” que antes:

	1 9 1 3	1 9 8 6
Promedio de la OECD	21.2%	24.8%,
en que:		
-EEUU	6.1%	5.2%
-Reino Unido	20.9%	19.5%
-Japón	12.3%	10.8%.

En ese sentido es válido lo que señala Streeten (1996): “(...) el mundo estaba más integrado a fines del siglo diecinueve que hoy en día. Si bien las barreras arancelarias en los países, con excepción del Reino Unido, eran más elevadas entonces (de 20 a 40 por ciento comparados con 5 por ciento en 1990), las barreras no arancelarias eran menores; los movimientos de capital y monetarios eran más libres bajo el patrón oro (ésto es, en ausencia del peligro de tipos de cambio variables); el movimiento de la gente era más libre; rara vez se requería de pasaporte y la ciudadanía era otorgada fácilmente. Hoy en día la migración internacional es controlada estrictamente”<sup>6</sup>.

En añadidura, continúa el autor, “domestic savings and domestic investment are more closely correlated than they were before 1914, implying that even finance capital is not very mobile. This is explained partly by the fact that government savings play a greater role today than they did in the past, and partly by floating exchange rates that raise uncertainties and are a barrier to long-term commitments. The same point is made by noting that current account deficits and surpluses are now a much smaller

6 Según el autor, entre 1881 y 1890 la tasa anual promedio de inmigración a los EEUU fue de 9.2 por 1000, sobrepasando el 10 durante la primera década de este siglo. Entre 1981 y 1990 la tasa anual promedio de inmigración fue del 3.1 por 1000 de la población norteamericana.

proportion of countries' GNP than they were between 1870 and 1913. Britain ran a current account surplus that averaged 8 per cent of GNP and invested this overseas compared with 2-4 per cent for the West German and Japanese surpluses (and the American deficit) in the 1980s. But the fact remains that this is surprising in view of the talk of the globalisation of capital markets. The bulk of foreign investment has been the capital import of the USA and the outflow from Japan" (ibid., p. 7).

French-Davis es aún más claro respecto al alcance limitado de la "globalización": "El comercio de bienes y servicios y la inversión extranjera crecen rápido, pero aún son notablemente menores que el comercio interno y la inversión nacional en el mundo, y en América Latina. Por ejemplo, en el mundo, la inversión externa es el 5% de la inversión total anual, y el comercio exterior es entre 15 a 20% de la producción mundial (en Estados Unidos es de 10%)" (1996: 27).

Por lo que no parece del todo descabellado afirmar que la globalización se ha venido dando cíclicamente. Por ejemplo, Charles Oman (1996), quien intenta presentar "el proceso de globalización desde una perspectiva histórica" (p. 29), señala que éste se habría iniciado el siglo pasado, negando que se trate de un fenómeno reciente ya que "sólo en los últimos cien años se han producido tres 'olas' o períodos diferentes de marcada globalización: a) en la mitad del siglo que precedió a la Primera Guerra Mundial; b) la que tuvo lugar durante las décadas de 1950 y 1960; y c) en los tiempos actuales, en las décadas de 1980 y 1990" (ibid.). Es decir, cada vez que se observa una expansión del comercio internacional daríase este proceso de globalización? ¿Habría que pensar entonces que los períodos intermedios son parte de procesos de "desglobalización"?

### Sexta falacia:

**La globalización se procesa a través de la apertura externa y la liberalización de todos los mercados en todas las naciones**

Este mito es fácilmente perceptible en las políticas económicas actuales, en especial en las que adoptan los países altamente industrializados, quienes actúan de acuerdo a una “doble moral”: mientras obligan a los gobiernos “subdesarrollados” a abrir y liberalizar sus economías (según las recetas del “Consenso de Washington”; Williamson, 1990), ellos adoptan cada vez más medidas para proteger su mercado interno o del de su bloque regional y, sobre todo, para evitar que las tasas de desempleo aumenten más aún.

En aquellos países son práctica común, los subsidios a la agricultura (la denominada Política Agrícola Común de la Unión Europea), el dumping, el neoproteccionismo a través de aranceles o medidas para-arancelarias<sup>7</sup>, los topes que fijan al ingreso de la inversión extranjera directa a sectores estratégicos y de tecnologías de punta (v.gr. en el campo de las telecomunicaciones, donde por ejemplo los japoneses no permiten una participación mayor al 20% y los canadienses hasta el 47%), la proliferación de acuerdos comerciales bilaterales, el comercio intra-empresas, la fijación de límites máximos a la migración foránea, la determinación de las tecnologías que difunden y las que quedan en sus manos en exclusividad, etc. (véase, para mayores detalles, el trabajo de Salgado, 1996).

---

7 Entre éstas destacan: las denominadas limitaciones voluntarias de exportaciones; la protección en forma de acciones antidumping; y los subsidios específicos a las exportaciones de bienes y servicios que compiten con las importaciones. También son lugar común variadas medidas proteccionistas en las ramas industriales del acero, los aparatos electrónicos, los textiles y el calzado.

Todo ello permite concluir que el flujo comercial, de inversiones, de tecnologías y de personas es “administrado” a escala mundial, fenómeno muy distante del ideal liberalizador que se proclama a diestra y siniestra. Incluso, en los cien años que preceden a la Primera Guerra Mundial (en especial entre 1870 y 1914), el mundo era mucho más liberal que hoy y, consecuentemente, habría estado más “globalizado” (como lo reconocen varios autores, entre otros, Streeten, 1996).

### Séptima falacia:

#### La globalización universaliza y homogeneiza los patrones de consumo, de comportamiento y culturales de la humanidad

Nuevamente, a nuestro entender, este es un proceso que se inicia con fuerza -y también en forma muy relativa y selectiva- por la expansión de la Revolución Industrial desde Inglaterra. Pero, además, para homogeneizar patrones de consumo y culturales se exige un elevado nivel de Ingreso Nacional per cápita y de su distribución más o menos igualitaria entre la población, tanto entre naciones, como al interior de cada una de ellas. Aquí hay varios temas que están en cuestión, el principal de los cuales es que la distribución del ingreso entre y al interior de las naciones -tanto “desarrolladas” como “subdesarrolladas”- se ha ido haciendo cada vez más desigual desde fines de los años setenta.

Las diferencias en la calidad de vida siguen siendo igualmente heterogéneas, hoy como antaño, a pesar de las similitudes aparentes en el consumo de productos y servicios “de masa”, que ha desembocado en “la colonización mundial de la cultura Disney” (Martin y Schuman, 1996): Pizza Hut, Burger King, Kentucky Fried Chicken, Jeans de unas cuantas marcas conocidas, Chiclets, Coca/Pepsi Cola, Libbys, Maggie, Marlboro, Tecno, MTV y de-

más canales y “programas universales”, clones de computadoras personales, Sears o Wal Mart, etc. Lo que ciertamente se ha homogeneizado son las aspiraciones y preferencias de las poblaciones, como en cada proceso de modernización (al interior del sistema capitalista), pero de ninguna manera los patrones de consumo y de gasto. Todo lo contrario: las brechas entre ambas han aumentando y, con ellas, la frustración y la anomia.

De otra parte, es muy significativo que en décadas recientes hayan resurgido fundamentalismos de la más diversa naturaleza, predominando seguramente los religiosos, que ciertamente van contra la tendencia supuestamente homogeneizadora de la “globalización”. En efecto, la integración internacional lleva a la desintegración nacional (Sunkel, 1971), tal como lo acaba de redescubrir Streeten (1996: 6): “La integración global ha provocado la desintegración nacional. Las pasiones étnicas o culturales están fracturando las sociedades y regiones”. O, para decirlo, en otras palabras: “Los perdedores, aquellos que quedan fuera y no pueden hacer funcionar el sistema, se retrotraen al fundamentalismo religioso, en el que un mundo de certidumbre reemplaza a un mundo de incertidumbre” (Thurow, 1996: 18).

Cierto, bien podría argumentarse —como de hecho se hace— que esos procesos son resultado precisamente de la globalización que estaría en curso, en la medida en que tales fundamentalismos se habrían constituido en el “mecanismo de defensa” de ciertos países o segmentos sociales frente a las tendencias amenazadoras que estaría desatando aquel: “Nations have broken up into smaller, ethnic groups. All this is a reaction against westernization, the alienating effects of large-scale, modern technology and the unequal distribution of the benefits from industrialisation. The complaint is that development has meant the loss of identity, sense of community and personal meaning” (ibid.). En la práctica, sin embargo, ello muestra complejos procesos de diferenciación

psicosocial, económica e ideológica (tanto en los países altamente industrializados, como en los “subdesarrollados”), que tenderían a agravarse.

Finalmente, como es evidente, la tendencia homogeneizadora e integradora de la supuesta globalización podría verificarse empíricamente. Por ejemplo, desde una perspectiva puramente económica, tendría que llevar a una igualación de los precios de bienes y de servicios, de tasas de interés, de salarios, etc. en y entre todos los países; proceso que indudablemente no se ha dado sino parcialmente en ciertas zonas geográficas (mientras que en otras se han agravado los diferenciales), ni hay indicios que se esté imponiendo tendencialmente esa homogeneización de los valores básicos en los mercados nacionales.

Desde una visión más amplia, la supuesta homogeneización e integración debería conducir a que todas las personas sean tratadas en igualdad de condiciones, tanto en términos de oportunidades (acceso a trabajo, a la ley, al crédito, al comercio y a la migración libre),\* como de logros (mínimos niveles de vida, de educación y de salud). Está demás decir, que las brechas se vienen ampliando en ambos sentidos, contra lo que aducen los defensores de la mentada globalización equilibradora, como veremos a continuación.

Más aún, deberíamos convenir que la diversidad es un valor en sí, como lo acaba de afirmar Sakakibara (1996: 10)<sup>8</sup>: “(...) each country would be well advised to establish its own model of capitalism and democracy. The world as a whole will gain from systemic diversity rather than suffer from the confusion and catastrophe caused by the forceful application of a universal model”. En ese sentido haríamos bien, nos dice, en apartarnos del “universal” Consenso de Washington o “modelo anglo-americano”

---

8 El autor es nada menos que Director General de la Oficina de Finanzas Internacionales del Ministerio de Finanzas del Japón.

(basado en la creencia de la validez universal del modelo walrasiano de equilibrio general): “But what truly is globalization? Does globalization imply that a universal model or uniform set of rules as envisaged in the ‘Washington consensus’ will eventually spread to all parts of the world and that the world will become homogeneous, both economically and culturally? Definitely not. We have to recognize that what can be called ‘localization’, or an identification with local cultural values, is proceeding along with globalization. In this context, the rather monolithic view held by many governments in the developed world and international organizations that there is only one universal model to which all countries in the world should adhere is quite problematic. The monolithic universal model consists of pluralistic congressional or parliamentary democracy on the political side and the neo-classical market economy on the economic side” (ibid.; p. 2).

### Octava falacia:

La globalización beneficia a todos, regiones, naciones, personas

Lo que estamos viviendo hoy en día es una doble marginalización a nivel mundial (Coraggio, 1991): son cada vez menos los cada vez más ricos y son cada vez más los cada vez más pobres. Las estadísticas al respecto son elocuentes, incluso al interior de los países altamente desarrollados. Veamos una selección de esas distribuciones.

De un lado, es evidente que la participación de los países altamente industrializados en el Producto Bruto Mundial (PBM) ha aumentando respecto a la de los “subdesarrollados”: Si en 1970 generaban el 74.3% del PBM, en 1993 aumentaron su participación en cinco puntos porcentuales al 79.2%. Al interior de estos países indudablemente se han dado mutaciones impresionantes:

algunos lograron incrementar su participación en ese período (v.gr. Japón que pasó del 7.3% al 18.2%; Alemania Occidental de 6.6% a 8.3% y Francia del 5.1% al 5.4%), mientras otros perdieron posiciones (p.ej., EEUU bajó del 36.1% al 27.1% y Gran Bretaña del 3.8% al 3.5%). Correspondientemente los “países en desarrollo” cayeron del 25.7% al 20.8% del PBM, debido a la reducción de las “tajadas” correspondientes al Asia Oriental y del Sur (bajó de 8.3% al 7%), Africa (del 2% al 1.2%) y Europa Oriental y el Oriente Medio (de 9.5% a 6.7%); es decir, sólo América Latina incrementó su contribución levemente (del 5.9% al 6.1%).

Asimismo, al interior de las economías “desarrolladas”, la distribución personal del Ingreso Nacional se ha deteriorado en los años ochenta, tanto que se asemeja cada vez más a la que se da en las “subdesarrolladas”. Así, por ejemplo, según el Banco Mundial (1995), el 20% más rico de la población se llevaba el 42% del “pastel” económico y el 20% más pobre apenas el 5% en EEUU (1985); en Alemania, la proporción respectiva fue del 40% y del 7% en 1988; en Japón, del 37% y 9% (1979); y en Gran Bretaña, 44% y 5% (1988).

De ahí que Martin y Schuman (1996) concluyan contundentemente que estamos pasando de la sociedad de los dos tercios a la de un quinto, que serían los segmentos beneficiados por el sistema “globalizante”, política y económicamente. En efecto, a lo largo de los Años Dorados (1945-73), un conjunto apreciable de la población fue incluido progresivamente a la cosecha de los frutos del crecimiento económico, excluyéndose entonces a un tercio de las poblaciones; ahora apenas un 20% parecería participar de los beneficios del progreso tecnológico, tanto en los países desarrollados, como en los subdesarrollados.

Novena falacia:  
La globalización genera profundas  
interdependencias entre todos: naciones,  
regiones, localidades, familias y personas

Estos planteamientos nos hacen olvidar el fenómeno principal que se está dando en los albores del siglo XXI en este contexto: la Triadización o Globalización Trunca. Los bloques económicos conformados por Europa Occidental, EEUU y Japón-Sudeste Asiático son los ejes en torno a los cuales gira el mundo hoy en día (en que Rusia-Ucrania y China habrán de jugar un papel importante en el próximo futuro).

- Es ahí -en esos tres “bloques” heterogéneos que compiten y cooperan entre sí- donde se ha localizado el poder científico, la supremacía tecnológica y los potenciales de invención-innovación, la hegemonía militar, la riqueza económica, el poder cultural y, consecuentemente, la habilidad y capacidad para gobernar la economía y sociedad mundial en el presente y hacia el incierto futuro.

- De manera que quienes han optado por darle un tinte espacial a la nueva dinámica mundial deberían usar el término “triadización”, en vez del de globalización. Evidentemente, este último es el preferido por los países del Norte y, especialmente, por los que conforman la Tríada, ya que esconde las fracturas que implica, induciendo a pensar en una democratización y homogeneización universal.

- Un clarísimo indicador de la creciente triadización es la tendencia del comercio de manufacturas entre bloques-países y de donde se desprende una reducción del comercio entre los países de la Tríada y los restantes del mundo. Comparemos su evolución entre 1970 y 1990 (según datos de Muldur, 1993):

- En 1970 el comercio intra-bloques representó el 21.4% del comercio mundial; en 1990 ascendió al 48.7%; y
- Si a ello le añadimos el comercio entre bloques (que cayó de 39.4% a 24.9%) los intercambios de las tres regiones representaron el 60.8% en 1970 y el 73.6% en 1990.

En cambio, los países menos desarrollados han visto reducida su tajada, especialmente entre 1980 y 1990: Las exportaciones de manufacturas cayeron del 37.1% del total mundial al 27.6% y el de los 102 países más pobres se comprimieron de 7.9% al 1.4% (en ese mismo lapso los países de la Tríada ampliaron su participación del 54.8% al 64%).

De manera que venimos presenciando una clara tendencia real hacia la “desconexión involuntaria” de muchos países e incluso de todo un continente (caso del África subsahariana).

También Thurow (1996, 1997), entre otros, ha reconocido correctamente que aún estamos muy lejos de la tan mentada globalización de la economía: “we have essentially gone from a unipolar situation to a tripolar or three-way economic game. (...) we are moving towards regional economies before we move to a global economy. (...). Therefore, I think that we won't just make one giant leap to a global economy, but rather we will make these relatively smaller steps first towards regionalism - in other words, free trade within regions and managed trade between regions” (1997: 230-231).

Finalmente, tampoco se puede hablar aún de una conciencia globalizada sobre los problemas que nos atañen a todos a nivel mundial: la necesidad de un nuevo gobierno mundial o de una institución internacional que permita las coordinaciones necesarias para evitar la amenaza atómica, para afrontar la responsabilidad que tenemos por la tierra (el deterioro del medio ambiente, la destrucción paulatina de la capa de ozono, etc.), para limitar la

totalización de los mercados y para disponer de los peligros que contrae la nueva científicidad (biotecnología, clonación, etc.), tal como lo ha señalado Hinkelammert (1997). Todas ellas son consecuencias del “cálculo de la utilidad” que rige más y más el destino humano: “Todo es torturado: la naturaleza, las relaciones humanas, la democracia y el ser humano mismo. (...). Todo eso es llevado al límite; sin embargo, nos damos cuenta del límite recién en el momento en que lo hemos pasado. Cuando el torturado se muere, sabemos que hemos pasado el límite. Cuando las relaciones humanas ya no resisten, sabemos que hemos pasado el límite de lo aguantable. Cuando la naturaleza es destruida irreversiblemente, sabemos que hemos pasado el límite. Sólo que una vez pasado el límite, no hay vuelta. Sabemos el límite, pero este saber ya no nos sirve. Es inútil. Nadie puede resucitar a los muertos. Aquí está el problema: pasar el límite es un suicidio colectivo de la humanidad. El cálculo de utilidad los devora a todos. Resulta, pues, que es útil oponerse al cálculo de la utilidad. La responsabilidad es útil al oponerse a esta totalización del cálculo de la utilidad. Es útil y a la vez es una exigencia ética” (op.cit., 1997: 50-51).

### Décima falacia:

**El Estado-Nación pierde soberanía e importancia con la globalización**

¿Qué estados han tenido soberanía alguna vez en la historia de la humanidad? Únicamente los dominantes, que en los últimos dos siglos han sido -sucesivamente- sólo dos: Gran Bretaña y los EEUU. Ellos sometieron a los restantes Estados Nacionales a sus propios dictados. Hoy en día, parecería darse lo contrario: son más los estados-nación que pueden preciarse de ser soberanos y que se dan cuenta que en el proceso en curso tienen que intervenir cada vez más enérgicamente, tanto individualmente (a nivel

nacional, regional o continental), como en alianza (v.gr. el Grupo de los Siete, G-7), para definir el curso de los acontecimientos mundiales.

De otra parte, nos quieren hacer creer -desde el Consenso de Washington<sup>9</sup>- que un Estado fuerte no es lo que corresponde, aunque ellos no sigan la receta. En la práctica e históricamente, el rol del Estado fue y seguirá siendo fundamental para asegurar el “desarrollo” nacional: “But by and large policy makers are not as shackled by global interdependence as they sometimes believe. For example, even though German enterprises face the world’s highest unit labor costs at home, they choose to allocate only a tenth of their new investments abroad. (...). Ultimately, it is the overall quality of a society’s domestic institutions –respect for the rule of law good governance, social and political stability, adequate infrastructure and a skilled labor force- rather than labor costs or taxes that determines where the investments go” (Rodrik, 1997).

Finalmente, no hay que olvidar que siempre fueron corporaciones empresariales o grupos y gremios los que “privatizaron” el rol del Estado, cuyo aparato estuvo a sus órdenes “para tener éxito”. Hoy en día, quizás más que nunca, las corporaciones transnacionales requieren un apoyo efectivo de “su país”, cuando menos en los siguientes campos y en tareas que encargan al gobierno en el conocido proceso de cooptación del Estado a fin de incrementar la “productividad” de esas empresas:

- Legislación y políticas que les aseguren la libertad de acción, en especial en el campo de la “desregulación” del mercado de la fuerza de trabajo;
- Cobertura de los costos básicos de infraestructura, lo que -en el

---

<sup>9</sup> Para una reconsideración de este Consenso, del mismo autor que lo introdujo en la literatura especializada, véase: John Williamson (1996).

curso de la actual “revolución tecnológica”- significa: financiar la investigación básica y de alto riesgo; sufragar los gastos de sistemas de capacitación (universidades y vocacional); promover mecanismos para la divulgación de información técnica y científica; facilitar la transferencia tecnológica, etc.

- Ofrecerle acceso privilegiado a las empresas-originalmente-nacionales al mercado interno, otorgándoles contratos gubernamentales en los campos de las telecomunicaciones, la defensa, el procesamiento de datos, la reingeniería, etc.
- Proveerles de los incentivos tributarios para asegurar la inversión requerida para gestar innovaciones tecnológicas a través de la “investigación y desarrollo”;
- Establecer una política industrial que estimule el desarrollo del sector estratégico de la “alta tecnología” (informática, biotecnología, telecomunicaciones, robótica, nuevos materiales, nuevas fuentes de energía, etc.);
- Adoptar métodos para proteger y expandir la innovación local y la adaptación tecnológica; y, en general,
- Otorgar el apoyo y asistencia necesarias -en los campos comercial-diplomático, político, informativo y regulatorio- a las corporaciones transnacionales “locales” para poder sobrevivir y competir en los “mercados mundiales” (ésto es, en la práctica, en los de la Tríada).

En pocas palabras, quizás como nunca antes, sigue dándose la “mutua indispensabilidad” existente entre los Estados Nacionales, tanto con las Corporaciones Transnacionales, como con los Grupos Nacionales de Poder. Una vez más las afirmaciones de Streeten son pertinentes (1996:7-8): “Transnational corporations are more domesticated than some of the literature suggests. Most of them hold most of their assets and have most of their employees in their home country and conduct the bulk of their R&D

there. (...). Hence strategic decisions and innovations come from the home country”.

### Undécima falacia: Las “economías nacionales” desaparecen con la globalización

Un frase típica al respecto es la de Robert Reich (1993: 13): “Estamos pasando por una transformación que modificará el sentido de la política y la economía en el siglo venidero. No existirán productos ni tecnologías nacionales, ni siquiera industrias nacionales. Ya no habrá economías nacionales (...)”. Pero, de lo expuesto en torno a la falacia antecedente, aparte de otros argumentos, se tiene que la “economía nacional” de los países desarrollados (en especial, de los más grandes) sigue siendo el entorno básico de acción de las corporaciones transnacionales; cuando menos en el sentido que ella es el “trampolín” para asegurar la “competitividad” en los mercados mundiales (y, muy en especial, de los que conforman la Tríada). Aldo Ferrer lo acaba de reconocer, puesto que “los países conservan una considerable libertad de maniobra y que existe más de un curso de acción posible” (1997: 347).

Por lo demás es esencial distinguir entre la competitividad en el mercado mundial, que es determinada por las corporaciones transnacionales y no por las naciones, y el nivel de vida de cada país, que depende fundamentalmente de la evolución de la productividad a nivel nacional. De manera que también sería una falacia hablar del fin de la geografía.

### Duodécima falacia:

Para beneficiarse del proceso de globalización los países subdesarrollados deben integrarse lo antes posible a la economía mundial a través de políticas aperturistas y liberalizadoras en todos los campos

Este slogan se deriva directamente del Consenso de Washington. Por lo demás, en el ambiente empresarial y gubernamental es común considerar que el que no se apura, quedará marginado: “Exportar o Morir” es el dictum de moda. Alinear precios y reducir el tamaño del Estado garantizará que las “libres” fuerzas del mercado aseguren el éxito de ese proceso, sin inflación ni desequilibrios externos.

Más sofisticado es el paradigma de lo que podríamos denominar el Consenso de Santiago (CEPAL, 1990), en que se proponen políticas de “selección de ganadores” y se le asigna un rol promotor al Estado. Pero finalmente, como consecuencia de esas políticas exodirigidas, a cada país se le asigna uno o varios papeles, que lo convierten más subordinadamente a la nueva división internacional del trabajo (Gereffi, 1990; Castells y Laserna, 1990). En la mayoría de los casos ese recetario conduce a economías primario-exportadoras modernizadas (con los corolarios nefastos que todos conocemos de nuestra experiencia histórica previa a la Segunda Guerra Mundial).

Dani Rodrik ha dado en el clavo recientemente, a pesar de aceptar el concepto de Globalización: “La lección de largo plazo que nos ofrecen Europa y Asia es que los (países) globalizadores exitosos han tenido gobiernos pro-activos simpatizantes con el mercado y con un seguro social adecuado, y que se han integrado a la economía en sus propios términos. Esta lección contradice mucho del actual saber convencional – que la globalización re-

quiere de un gobierno pequeño, que los estados de bienestar tienen que reducir su tamaño y que existe un solo modelo (léase EEUU) al que todos los países deben necesariamente converger”<sup>10</sup>.

De manera que de todo lo anterior se desprende que “la visión del adelantado pensador canadiense Marshall McLuhan de la ‘aldea global’, del mundo como una aldea homogénea, no se ha realizado” (Martin y Schuman, 1996: 37). Más aún pensamos que el concepto de Globalización es una ideología altamente concentrada y divulgada, basada en el interés que quieren transmitir a través de él las empresas transnacionales (reforzados por sus promotores en los gobiernos y sus propagandistas en la academia) para que todos los países adopten políticas de liberalización. Es decir, la denominada Globalización es parte (política) de la jerga de las transnacionales para cimentar su poder económico y político a escala mundial, divulgando ideas que se sustentan en la utopía: que la expansión de los mercados resuelve todos los problemas sociales y políticos (véase: Hanson, 1996), en todas sus escalas (local, regional nacional y mundial). A pesar de ello, viéndolo desde una perspectiva de largo alcance, sin duda la Globalización es un buen deseo, siempre que asegure la igualdad de oportunidades entre los países participantes (así como de los grupos sociales y regiones al interior de cada uno de ellos). De otra parte, tampoco se puede negar que la Globalización es parte de los imperativos funcionales del Capitalismo.

Nuestras tesis alternativas, frente a cada una de las falacias arriba presentadas deben responder algunas de las siguientes cuestiones centrales para aproximarse a una respuesta adecuada: ¿Cuáles son los agentes dominantes en el sistema? ¿Qué roles desempeñan la producción, la subcontratación y el financiamiento? ¿Cuáles

---

10 “Special Report / Globalization: Upside, downside the benefits of globalization could be jeopardized if governments fail to address the problems it engenders”, en: Time International, julio 7, 1997.

son las determinantes de la localización y la inversión a nivel mundial? ¿Qué tan libres son los flujos de inversión, fuerza de trabajo, productos y servicios a escala mundial? ¿Cómo se determinan los precios internacionales? ¿Cuáles son los nuevos papeles de los gobiernos nacionales? ¿Qué significan los acuerdos subregionales de integración o bloques económicos? ¿Qué se entiende por liberalización, desregulación y flexibilización de los mercados? ¿Podrá hablarse de ganadores y perdedores en términos de estados-nación? ¿Por qué se aplican políticas distintas a los países del Norte que a los del Sur, tales como proteccionismo, subsidios agrícolas, dumping, etc. por un lado; mientras que se da la liberalización total en el otro?

He aquí algunos planteamientos elementales, sintéticamente presentados, que se desarrollarán en los ensayos posteriores:

1. Estamos ingresando a un nuevo proceso de división internacional del trabajo<sup>11</sup> o, si se quiere, a un nuevo patrón de acumulación capitalista.
2. Para analizar este proceso debemos desechar el concepto de globalización, sea porque éste se viene dando hace siglos (como proceso), sea porque aún no comienza plenamente (como “etapa”).
3. Quienes opten por una enfoque “espacialista”, para ser coherentes, deberían inclinarse a utilizar el concepto de “triadización”, que otorga una versión mucho más veraz -si bien parcial y sesgada- de los acontecimientos y dinámica contemporánea.
4. La base de sustentación de esa dinámica proviene del nuevo conjunto de tecnologías que se han ido desarrollando y aplicando -en el transcurso de las últimas décadas- a los campos de la informática, la biotecnología, las telecomunicaciones, y los

---

11 Somos conscientes de las dificultades que también este concepto entrará (ver la discusión sobre la materia en Jenkins, 1988).

nuevos materiales y tipos de energía.

5. Los agentes dominantes de este fenómeno son las corporaciones transnacionales, aliadas entre sí y a los organismos multilaterales. Comprender la lógica de interpenetración de las primeras entre sí es uno de los grandes retos para diagnosticar las tendencias de la economía y la política mundiales a lo largo de las próximas décadas.
6. Las consecuencias de ese proceso son varias (aunque de naturaleza divergente, se dan interdependientemente), destacando las siguientes:
  - Una marcada “triadización” de la economía mundial;
  - Una doble marginalización: entre países y al interior de cada país, consecuencia ésta de la integración internacional que conduce a una desintegración nacional;
  - Los nuevos roles que debe desempeñar el Estado-nación, si se quiere alentar el “desarrollo nacional” y con éste, la “competitividad internacional”;
  - Se han modificado radicalmente las relaciones Estado-Sociedad Civil;
  - Una mayor “indispensabilidad” entre el Estado y las corporaciones privadas; etc.
  - La amenaza de la “dictadura del proletariado” ha culminado en una “dictadura del mercado mundial” (Martin y Schuman, 1996: 19), por lo menos ideológicamente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto (1996), "Dialéctica de la Globalización", en: Salgado, op.cit., 1996; pp. 55-81.
- Agosin, Manuel y Diana Tussie (1993), "Globalización, regionalización y nuevos dilemas en la política de comercio exterior para el desarrollo", en: *El Trimestre Económico*, vol. LX (3), no. 239, julio-septiembre; pp. 559-99.
- Banco Mundial (1995), *World Development Report 1995: Workers in an Integrating World*, Washington, D.C.
- Bendesky, León (1994), "Economía regional en la era de la globalización", en: *Comercio Exterior*, noviembre.
- Campodónico, Humberto (1995), "El proceso de globalización y los intereses nacionales", en: *Pretextos*, no. 7, Lima, DESCO; pp. 7-46.
- Castells, Manuel y Roberto Laserna (1990), "La nueva dependencia. Cambio tecnológico y reestructuración socioeconómica en Latinoamérica", en: *Portes y Kincaid*, op.cit.; pp. 97-132.
- CEPAL (1990), *Transformación Productiva con Equidad*, Santiago, Comisión Económica para América Latina.
- Chonchol, Jacques (1996), "Globalización y Neo-Colonialismo", en: *Development Thinking and Practice Conference*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- Gereffi, Gary (1990), "Repensando la teoría del desarrollo: visión desde el Asia Oriental y Latinoamérica", en: *Portes y Kincaid*, eds., op.cit.; pp. 49-96.
- Hauchler, Ingomar, ed. (1995), *Globale Trends 1996 - Fakten, Analysen, Prognosen*, Frankfurt del Meno, Fischer Verlag.
- Hinkelammert, Franz (1997), "Los Derechos Humanos en la Globalización: la utilidad de la limitación del cálculo de utilidad", en: *Fe y Justicia*, no. 2; pp. 41-56.
- Jenkins, Rhys (1988), "La nueva división internacional del trabajo: un análisis de posiciones", en: *Economía de América Latina*, No. 17, México, CIDE; pp. 31-50.
- Kamiya, Marco (1995), "Las tendencias de la globalización productiva", en: *Pretextos*, No. 7, julio; pp. 47-61.
- List, Friedrich (1840), *Sistema Nacional de Economía Política*, Madrid, Aguilar, 1955.
- Max-Neef, Manfred, et al. (1993), *Desarrollo a Escala Humana - Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*, Montevideo, Editorial Nordan-Comunidad.
- Muldur, Ugar (1993), *Les formes et les indicateurs de la globalisation*, Bruselas, Comisión de las Comunidades Europeas.
- Nakano, Yoshiaki (1994), "Globalização, competitividade e novas regras de comércio mundial", en: *Revista de Economia Política*, vol. 14, no. 4, octubre-diciembre; pp. 7-29.
- Narr, Wolf-Dieter y Alexander Schubert (1994), *Weltökonomie - Die Misere der Politik*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Oman, Charles (1996), *Los desafíos políticos de la Globalización y Regionalización*, Lima, Fundación Ebert.
- Pérez, Carlota (1985), "Microelectronics, long waves and world structural change", en: *World Development*, vol. 13, no. 3.
- Petrella, Ricardo (1996), "Globalization and Internationalization: The Dynamics of the Emerging World Order", en: Robert Boyer y Daniel Drache, eds., *States Against Markets - The Limits of Globalization*, Londres y Nueva York, Routledge; pp. 62-83.
- Porter, Michael E. (1990), *The competitive advantage of Nations*, Nueva York, The Free Press.

- Portes, Alejandro y Douglas Kincaid, eds. (1990), *Teorías del Desarrollo Nacional*, San José de Costa Rica, Programa Centroamericano de Apoyo Docente (CSUCA), Editorial Universitaria Centroamericana.
- Reich, Robert (1993), *El Trabajo de las Naciones - Hacia el Capitalismo del Siglo XXI*, Caracas, Javier Vergara Editor S.A. (original en inglés de 1991).
- Rodrik, Dari (1997), "Special Report / Globalization: Upside, downside the benefits of globalization could be jeopardized if governments fail to address the problems it engenders", en: *Time International*, julio 7.
- Salgado, Wilma (1996), *Integración Comercial y Globalización*, Quito, CAAP.
- Schmidt, Wolfgang (1992), *América Latina: entre la polarización del mercado mundial y la apertura*, Quito, CAAP.
- Schuldt, Jurgén (1990), "Reestructuración internacional: características e impacto global sobre las economías andinas", en: *Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Cuenca y Corporación de Estudios sobre la Realidad Nacional*, eds., *En busca de una alternativa para América Latina*, Cuenca, edición de la Facultad.
- Schuldt, Jurgén (1994), *Ecuador: estrategias para una política de comercio exterior*, Quito, CAAP.
- Secretaría Permanente del SELA (1996), "Riesgos y oportunidades de la globalización", en: *Capítulos del SELA*, No. 47, Caracas, julio-septiembre; pp. 37-51.
- Sen, Amartya (1985), *Commodities and Capabilities*, Amsterdam, North-Holland.
- Streeten, Paul (1996), "Globalisation and Competitiveness: What Are the Implications for Development Thinking and Practice?", en: *Development Thinking and Practice Conference*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- Sunkel, Osvaldo (1971), "Integración internacional y desintegración nacional", en: *El Trimestre Económico*, No. 150.
- Thurrow, Lester (1992), *Head to Head*, Nueva York.
- Toffler, Alvin y Heidi (1996), *La Creación de una Nueva Civilización*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Touraine, Alain (1995), "Globalización y ajuste estructural en América Latina", en: *Pretextos*, no. 7, Lima, DESCO; pp. 171-84.
- Ugarteche, Oscar (1997), "El falso dilema". *América Latina en la Economía Global*. Nueva Sociedad y Fundación Friedrich Ebert Stiftung-FES (Perú) Caracas 1997.
- Wallerstein, Immanuel (1979), *El Moderno Sistema Mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI (versión original en inglés: Nueva York, Academic Press, 1974).
- Wallerstein, Immanuel (1984), *The Politics of the World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wallerstein, Immanuel y Etienne Balibar (1991), *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA (versión original en francés: Paris, Editions La Découverte, 1988).
- Williamson, John (1996), "The Washington Consensus Revisited", en: *Development Thinking and Practice Conference*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.

# Globalización y diversidad

Reflexiones en torno a la cultura regional\*

— *Jaime Astudillo Romero*\*\*

Múltiples y complejos son los aspectos que configuran la forma y el contenido del contrapunto, del juego de contrastes que constituye la relación entre cultura y modernización en los tiempos que decurren.

Una primera aproximación de carácter general al contexto actual, nos permite constatar una tendencia desigual, no consolidada pero evidente hacia la globalización o mundialización de procesos económicos, políticos y socioculturales que adquieren un sentido planetario, contando para ello con la dinámica que imponen la tecnología de las comunicaciones masivas, de la informá-

---

\* Ponencia presentada en el Seminario "Cultura e identidad en la época de la globalización", auspiciado por: Fundación Friedrich Ebert, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, Cuenca, 18 de junio de 1997

\*\* Doctor en Jurisprudencia. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales. Técnico Urbanista. Vicerrector y Profesor de la Universidad de Cuenca.

tica y la telemática. La circulación mundial de valores y símbolos al tener un matiz unidireccional y un carácter claramente impositivo, genera múltiples efectos negativos, entre ellos, una homogeneización y uniformación creciente de formas de ser y actuar, una desconstrucción paulatina de las identidades socioculturales y por tanto de la diversidad, condición, hasta ahora, característica del mundo contemporáneo en la cual residen muchas de sus fortalezas y sus opciones futuras.

Sin embargo, concomitantemente con este cosmopolitismo homogeneizador y en gran parte como una respuesta a sus efectos, el mundo contemporáneo vive un creciente proceso de afirmación de la diversidad, de construcción y reconstrucción de identidades que se sustentan en nuevos procesos y actores sociales y en ámbitos espaciales cada vez más desagregados. No sólo casos extremos como la resurrección de una variada gama de fundamentalismos e intreganismos con diversa génesis, sino la revalorización de los “pequeños sucesos”, de las diferencias como sustento de la identidad y a la vez de diálogo entre interlocutores distintos, la reivindicación del espacio local y regional como ámbitos privilegiados para la realización de la vida cotidiana y de la cultura son prueba importante de esta tendencia hacia la heterogeneización y del sistema de cruces oblicuos, contradicciones y matices que enmarcan la compleja relación entre globalización y fragmentación cultural.

## 1. Los efectos de la globalización

a. Las recientes transformaciones estructurales del mundo han afirmado la existencia de una crisis de civilización, una crisis del proyecto de modernidad, cuyos epifenómenos más notables son: la auto afirmación excluyente de un capitalismo neoliberal, realista y puritano que ha extendido al campo cultural sus rasgos de deterioro, degradación y erosión de los valores colectivos; la

constitución de un mundo unipolar sustentado en un primitivo y despiadado esquema mercantilista, que amenaza con una homogeneización compulsiva de la vida humana y su diversidad; el retorno a los fundamentalismos y la histeria xenófoba; la deslegitimación de todo espacio público, de toda dimensión que tenga que ver con la vigencia de una ética colectiva y solidaria; la deliberada desinversión en el capital humano y el consecuente deterioro masivo de las condiciones de vida de la población. Características de un contexto que ha reducido el arte, la imaginación, la memoria, la literatura, el poder reflexivo del hombre sobre sí mismo y su futuro, al nivel estrictamente permisible de lo no útil, lo superfluo, lo suntuoso, al nivel de lo que puede y debe ser sacrificado en primer lugar para satisfacer el fetichismo de un mundo signado con la hegemonía creciente de una razón instrumental presuntuosa y hasta ahora irrefutable.

Las necesidades culturales han sido ubicadas en el último peldaño de las necesidades humanas. En efecto, la agenda diseñada en 1988 por la UNESCO para la cultura plantea promover: el reconocimiento de la dimensión cultural del desarrollo; la afirmación y enriquecimiento de las identidades culturales; la ampliación de la participación en la vida cultural; y, la promoción de la cooperación cultural internacional. En 1997, es fácil constatar que esta positiva iniciativa no ha tenido la vigencia ni los resultados esperados. La dimensión cultural en todos los países ha sufrido un deterioro considerable, especialmente en aquellos afectados por el subdesarrollo y sus limitaciones concomitantes.

b. La constitución acelerada del mundo contemporáneo en la añorada *global village* de MacLuhan o el estado homogéneo universal de Fukuyama que deberá surgir del fin de la historia y por tanto del triunfo supuestamente inobjetable de la ideología liberal clásica y de la democracia representativa como su sistema político social, induce modificaciones esenciales en los patrones culturales preexistentes y genera actitudes, en muchos casos,

proclives a la depredación cultural.

La difusión simultánea y mundial de las mismas informaciones y modelos de consumo y de culturas o formas de ser y actuar, originan un despojo paulatino de la identidad del sujeto de la cultura, de su historia y de sus formas diferenciadas de expresión. Una cultura que pretende construir deliberadamente una homogeneización compulsiva de los patrones de consumo cultural, reduce los códigos culturales a mercancías, convierte al consumidor en un sujeto pasivo, amorfo, superfluo, sin intereses específicos ni formas de conciencia propios, sometido a un mercado interno y externo delimitado por aspiraciones, deseos e intereses económico-culturales impuestos.

c. La globalización tiene un eje esencialmente económico con obvias derivaciones políticas y culturales. Un signo inequívoco que sustenta tanto la razón de ser general del actual sistema como su proceso de globalización es el desarrollo hiperbólico del mercado. Un mercado que dicta las reglas económicas, que incluso ha desplazado la producción por el intercambio, transformando todo en mercancías sujetas al juego casi siempre despiadado de la oferta y la demanda. Hemos vivido y estamos viviendo una civilización de las cosas y no de las personas, de las mercancías y no de los seres humanos.

La vigencia de los patrones del mercado mundial contemporáneo y sus tendencias homogeneizadoras, han actualizado el tema de la relación conflictiva y polémica, entre los diferentes predicados de la cultura y particularmente los conceptos que caracterizan este debate: cultura popular, cultura erudita y cultura de masas. Tres pisos que conforman esa concepción hojaldrada del mundo de la cultura a la que se refiere García Canclini que debe ser deconstruida en sus múltiples hibridaciones y con las herramientas necesarias: ciencias sociales nómadas capaces de circular por las escaleras que comunican estos pisos, según este autor.

Diego Iturralde afirma que crear y difundir una cultura de masas es, al mismo tiempo, crear las masas.<sup>1</sup> pues la cultura de masas conlleva la creación de un código cultural simplificado que a la vez que tiende a homogeneizar el sentido cultural diverso de las comunidades sociales, tiende también a legitimar los valores y formas de vida de las culturas dominantes sobre las subalternas o dominadas.

La oposición creciente entre la lógica socio-económica impuesta por el mercado y las necesidades sociales y culturales, ha impuesto un conjunto de determinaciones negativas como son:

- la disminución de la calidad estética en la producción artística culta;
- la sustitución o deformación, a veces violenta, de valores intrínsecos de lo popular;
- el congelamiento de la circulación de los bienes simbólicos en colecciones, museos, palacios, bienales y otros centros exclusivos;
- el desarrollo hiperbólico de determinados productos culturales más susceptibles de incorporarse al mercado.

Es notoria la desvalorización que han sufrido en los últimos tiempos, ciertos productos culturales, que no han sido incorporados ya sea masiva o selectivamente al mercado. Un buen ejemplo es la diferencia que existe en la región centro-sur del Ecuador, entre el valor de cambio que han adquirido la creación plástica con relación a la tradicional producción literaria o, los productos artesanales que se consumen en el mercado turístico en relación con la artesanía artística y creativa.

---

1 Iturralde, Diego. *Práctica Política y Proyectos culturales*. En: *Historia, cultura y política en el Ecuador*. Quito, Editorial El Conejo-IDIS, 1988.

La presencia en el Ecuador de estas manifestaciones culturales cuyo marco conceptual apenas esbozamos, es evidente como también lo es, el panorama complejo y contradictorio de sus interrelaciones y del proceso de hibridación creciente que se produce entre ellas, proceso este último, en el que es posible reconocer una marcada preeminencia tendencial de la cultura de masas sobre la cultura erudita y popular; siendo por lo mismo necesario abordar el objetivo nada fácil de crear las condiciones para la promoción de estas formas de cultura, relativamente subordinadas, en el marco de una perspectiva amplia dirigida hacia la diversificación del consumo cultural que permitan la práctica del derecho a elegir y escoger.

d. Una creciente individualización de la vida social, profundiza las diferencias entre lo público y lo privado y exagera la pérdida de la noción y el sentido que tiene compartir espacios, momentos, ritos y acciones que sustentan la constitución de las culturas.

A partir de la década de los setenta, con la consolidación del proceso de modernización que vive el país, se promueve la ruptura acelerada de las formas de producción y del sistema tradicional con que hemos vivido y hemos pensado en nosotros mismos. La estructura urbana de nuestras ciudades ha sufrido una notable transformación que incide en sus cambios culturales. La ciudad es ante todo un centro de comunicación en el que circulan un conjunto de mensajes, símbolos y signos comunicativos que configuran el entramado urbano como un sistema que recopila, almacena, clasifica y distribuye información. La sustitución progresiva del oikos urbano por el individual, familiar o empresarial, ha significado una separación creciente del ciudadano de su espacio inmediato, de la población respecto de los espacios públicos.

e. La declaración universal de los derechos del hombre recono-

ce el derecho a la cultura, incluyendo en el texto de su artículo 27 el derecho a participar del progreso científico y sus beneficios que incorpora adecuadamente, como no podía ser de otra manera, la ciencia como una parte esencial de la cultura. Sin embargo en este importante ámbito, conviene destacar solamente un rasgo que afecta el principio y la necesidad urgente de contar con la autonomía suficiente para resolver nuestros específicos problemas de acuerdo con nuestras prioridades: una evidente dependencia cultural ligada con matices financieros, se esconde en la conformación de las llamadas “main streams”, parte esencial de la cultura tecnológica que establece prioridades del mundo desarrollado que estamos obligados a aceptar.

## 2. Las políticas culturales en el Ecuador. Factor coadyuvante de la homogeneización

A partir de la década de los cincuenta en el Ecuador se han reproducido cíclicamente, por lo menos alguna de las siguientes concepciones sobre la cultura con evidentes efectos de homogeneización y negación de la diversidad:

- La supuesta existencia de una cultura nacional basada en una irreal unidad y homogeneidad de la sociedad ecuatoriana, articulada política y socialmente por un Estado unitario convertido en sujeto esencial de la cultura nacional. Esta noción ha llevado a proponer en el plano de las políticas culturales, la necesidad de rescatar y promover la defensa de la identidad y la cultura nacionales desconociendo la evidencia de que en el Ecuador existe una diversidad de culturas que se interrelacionan entre sí de diferentes maneras y que todas por igual tienen derecho a pervivir y desarrollarse desde su autonomía y sus diferencias.

- Una concepción patrimonialista de la cultura, muy ligada a la anterior, orientada hacia la conservación y reconstitución de los productos culturales del pasado, como sustento para la recuperación y conservación de la identidad cultural nacional, que ha llevado a privilegiar la restauración de monumentos culturales, la instauración de museos, la preeminencia de una visión arqueológica de lo cultural.
- Una concepción que privilegia los objetos sobre las prácticas y procesos culturales, que ha reducido la gestión cultural estatal a la dotación de servicios e infraestructura o a la promoción preferente de productos vinculados con la cultura erudita y no en la totalidad el imaginario cultural colectivo y sus diversas manifestaciones. Persiste asimismo la tendencia a espiritualizar la producción cultural bajo el aspecto de la “creación” artística separándola por ejemplo el arte de las artesanías y a congelar la circulación de los bienes simbólicos.
- El difusionismo cultural que ha sido el sustento del mecenazgo estatal o privado y en gran medida de la asimilación de la promoción cultural con la idea del espectáculo o con una función esencialmente recreativa de la misma.
- La acción cultural ha sido genéricamente considerada un momento y un espacio subsidiario de la educación, restringiendo de manera notable los amplios y ecuménicos contenidos del todo a los procesos más limitados y operativos de una de sus partes.
- En lo que se refiere a su contenido creativo, el ámbito cultural se ha limitado al campo de las llamadas “bellas artes” y a muy pocas manifestaciones del pensamiento. Esto ha llevado a que paulatinamente, el Estado, las instituciones, la sociedad y los propios intelectuales o artistas compartan en mayor o menor grado una noción de cultura que le asigna un papel secundario, ornamental en el espacio de las necesidades comunitarias.

### 3. La heterogeneización cultural. Un proceso en ciernes

Conforme indicamos, conjuntamente y en relación contradictoria con las tendencias de la globalización y como una reacción lógica e inevitable al efecto centrífugo de la transnacionalización de la cultura, el mundo contemporáneo vive un creciente proceso de afirmación de la diversidad, de construcción y reconstrucción de identidades que se sustentan en nuevos procesos y actores sociales y en ámbitos espaciales cada vez más desagregados.

En términos de José Sánchez Parga, la respuesta compensatoria a la entropía cultural que ocasiona la homogeneización, es el proceso inverso de negentropía cultural por el cual y en base a los efectos de una dinámica centrípeta “comienzan a fracturarse y recomponerse nuevas territorialidades culturales o se actualizan antiguos perímetros culturales con diferencias más marcadas”, propiciando un “proceso de heterogeneizaciones culturales, de particularismos culturales, que afirman con mayor vigor sus microdiferencias.”<sup>2</sup>

En esta perspectiva y a pesar de la globalización, la dimensión territorial de lo cultural empieza a recuperar su importancia, se fortalece en la constatación fáctica del avance que ha tenido en los últimos tiempos lo local como espacio de reflexión y acción colectivas, lo regional como ámbito socio-espacial capaz de inspirar proyectos de desarrollo, orientar estrategias de resistencia cultural, gestar consensos con mayor facilidad y pertinencia que a otros niveles como el nacional o el internacional. Más aún, demuestran ser espacios privilegiados para la sustitución del mito moderno de la igualdad de los desiguales por el reconocimiento de la diversidad que, fenomenológicamente, tiene que ver con el

---

2 Sánchez-Parga, José, Globalización, Gobernabilidad y Cultura. ILDIS. Ediciones Abya-Yala. Quito. Febrero de 1997. p.74

concepto de alteridad, antropológicamente con la negación del etnocentrismo y culturalmente con la búsqueda de una real unidad del hombre a través del prisma de la variedad.

Estos procesos de diferenciación han demostrado también cuan posible y necesario es el fortalecimiento de procesos identitarios, como fuente de cohesión social, como una imagen propia para relacionarse con otras imágenes, como un punto de vista para no replegarse en sí mismo, matando el cosmopolitismo, sino para afirmar una actitud de apertura y de integración con el mundo.

En esta perspectiva, dos elementos se convierten, a nuestro juicio, en condición y sustento inevitable de los procesos de integración cultural: el fortalecimiento de la diversidad cultural en sus diferentes manifestaciones y particularmente en sus variados niveles de territorialización y la ampliación de la noción conceptual y temática de la cultura.

### 3.1. EL PRISMA DE LA DIVERSIDAD CULTURAL

La búsqueda de la unidad e identidad cultural de América Latina, casi siempre sustentada en el error de hiperbolizar lo similar eliminando las diferencias y, por tanto, creando la ficción de una sociedad unitaria y de una cultura única, ha dado paso en los últimos años a la evidencia de que nuestras sociedades son eminentemente multiculturales. La descripción que hace Daniel Mato de los procesos actuales de construcción de identidades culturales transnacionales en la región-América Latina, da cuenta de esta diversidad y de los intensos cruces de comunicación intercultural que la caracterizan. Mato identifica por lo menos los siguientes procesos: identidad transnacional panamerindia; diversas identidades transnacionales "latino"americanistas: identidad transnacional afroamericana; identidad transnacional caribeño "latino" americana; identidad transnacional iberoamericana.

En el ámbito de las sociedades nacionales modernas (cuya existencia está cuestionada ahora por la vigencia de la mundialización o globalización) la constatación creciente de que el concepto socio-cultural de Nación, como expresión ideal de sociedad unitaria, sujeto de una supuesta cultura nacional, única e indivisible no es más que una ficción construida y reproducida simbólicamente a través del signo del Estado Nacional, que ha fortalecido la presencia cada vez más activa de movimientos y fuerzas sociales que niegan cotidianamente este principio al reivindicar su particularidad cultural, han actualizado la noción de lo multicultural y lo multinacional y han recuperado el valor de lo local y lo regional como espacios de realización cultural.

Para citar un ejemplo local, la dinámica coexistencia en la región centro-sur del Ecuador de por lo menos: una cultura indígena representada por las comunidades quichua y shuar; una cultura mestizo campesina y una cultura mestizo urbana, así como de las expresiones formales y de contenido de las culturas erudita, popular y de masas y de los variados procesos de hibridación que las cruzan, constituye un indicador elocuente de que no existe una sola cultura regional y que la búsqueda de una identidad a más de inútil es equivocado, siendo preciso más bien promover el florecimiento de las particularidades de cada cultura en un ambiente de auténtica libertad y pluralismo, como medio para fortalecer la constitución de varias identidades, como formas de expresión de cosmovisiones distintas, de comunidades diversas que pueden confluir en las tradiciones culturales íntimas, relativamente permanentes y comunes para articular su unidad en la diversidad.

### 3.2. HACIA UNA NOCIÓN RENOVADA DE CULTURA

La insurgencia de nuevos actores o sujetos sociales en el escenario contemporáneo, el movimiento indígena, los movimientos urbanos y de género, la actividad de los intelectuales, la preocu-

pación por la cotidianidad y la recreación de sus lenguajes propios, la traslación de la creación artística hacia sujetos distintos y nuevos, hacia conflictos más individuales que colectivos, el despojo de los ropajes éticos y políticos que afectaron el fondo y la forma del arte, para citar ejemplos, han actualizado también el tema de la diversidad cultural y por tanto de la necesidad de redefinir los alcances y límites conceptuales de la cultura, adoptando una perspectiva más rigurosa, analítica y fecunda para su análisis. Asimismo, las limitadas nociones sobre la cultura que hemos descrito anteriormente, actualizan la necesidad de promover el debate sobre una noción de cultura más amplia y pluralista que reivindique su rol esencial en el desarrollo humano y social. Esbozamos algunos elementos que pueden suscitar y orientar este debate.

- Partir de una concepción amplia de cultura, reivindicándola como continente del conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos capaces de caracterizar una sociedad o grupo y por tanto, como expresión integral de la vida, es decir la cultura como vida cotidiana; y, como testimonio intelectual de la misma, es decir como expresión erudita (arte, ciencia, pensamiento ) o popular anónima.
- Valorar la cultura como un derecho individual y social y como un conjunto prioritario de condiciones objetivas y subjetivas íntimamente ligadas con el desarrollo de una vida más plena y satisfactoria de la comunidad en su conjunto, con la preservación y potenciación de sus rasgos culturales y de las identidades locales y regionales.
- Consolidar las manifestaciones de la cultura erudita y popular como respuesta a la hegemonía creciente del código cultural simplificado y homogeneizante de la denominada cultura de masas, en el marco de una perspectiva amplia y pluralista dirigida hacia la diversificación de las opciones de consumo cultu-

ral que permitan la práctica real del derecho a elegir y escoger.

- Vincular el desarrollo cultural con el desarrollo productivo promoviendo una mayor vinculación de lo cultural con procesos productivos en ciernes o que deberían desarrollarse en el futuro como una forma de preservar y fortalecer estos valores culturales y a la vez procurar su vinculación simbiótica con los medios de circulación y consumo, garantizando desde luego, la autonomía y la independencia de lo cultural para evitar su conversión en una simple mercancía sujeta a los cánones exigidos por el mercado.

### 3.3. DESCENTRALIZACIÓN Y DESARROLLO CULTURAL REGIONAL

El modelo estatal de desarrollo en el Ecuador, a más de acentuar los rasgos de centralización económica, política y administrativa y desigualdad social, ha intensificado una excesiva concentración geográfica, cuyo epifenómeno es el desarrollo macrocefálico y bipolar de las ciudades de Quito y Guayaquil, mientras el resto del país mantiene condiciones de marginalidad, desprotección y ausencia de recursos e incentivos para su desarrollo.

Estas y otras características han actualizado el debate sobre la “cuestión regional” no sólo como escenario de múltiples y complejas contradicciones en juego, sino también como opción y alternativa para potenciales procesos de desarrollo autocentrado y autosostenido, que proponen la superación del centralismo como forma del desarrollo desigual del capitalismo y su secuela de marginación y deterioro de las condiciones de vida de importantes masas poblacionales.

Sin duda han quedado rezagadas aquellas propuestas que en algún momento abogaron por la posibilidad de las autarquías regionales, pero es necesario destacar los rasgos específicos que definen este ámbito y que permiten diferenciarlo cualitativamente

de otros similares, no sólo como una cuestión económica sino como una categoría integral en la que se articulan e interrelacionan varios elementos: Naturaleza y medio ambiente- Economía y población- Sociedad y cultura, que pueden llegar a sustentar bajo ciertas condiciones, una autonomía relativa de los contextos locales y regionales respecto de sus referentes externos.

Esta opción de descentralización territorial y sociocultural es además, una afirmación cabal de la diversidad y del rescate de la heterogeneidad como alternativa a las tendencias globalizantes y homogeneizadoras.

Desde hace algún tiempo se discute la necesidad de concebir la región constituida sobre la base de la unidad histórico-cultural de las provincias de Azuay y Cañar, como un espacio singular que puede consolidarse no sólo como unidad de análisis e investigación relevante y como un área que posee evidentes aptitudes y recursos susceptibles de ser aprovechados racionalmente en una estrategia de desarrollo autosostenido, sino también como una unidad en la diversidad y como una forma de ser y actuar en los contextos más amplios de lo nacional e internacional.

En esta perspectiva, las particulares características culturales de Cuenca y la región, pueden y deben actuar como uno de los ejes generadores de una propuesta de desarrollo regional. Si aceptamos con García Canclini que la cultura es en esencia un “conjunto de procesos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, se la reproduce y transforma mediante operaciones simbólicas”, es decir como un factor que atraviesa y da significado a toda la praxis social, es posible concluir que la tradición cultural de la región forjada en un largo proceso de sedimentación y modificaciones, debe convertirse en un elemento articulador de una reactivación económica y social de la región, en la medida en que la preservación, promoción y desarrollo de la cultura local y regional puedan ser incorporadas creativamente en los circuitos

y medios de producción, difusión y consumo y cuenta con la participación activa de los distintos agentes sociales que intervienen en ellos: comunidad cultural, organizaciones populares y étnicas, empresa privada, empresariado cultural y turístico, trabajadores culturales independientes y la institucionalidad pública.

Es necesario entonces, consolidar la vocación cultural de la ciudad de Cuenca y de la región, creando para ello las condiciones y los mecanismos más adecuados para conseguir no sólo la protección y preservación de múltiples manifestaciones y valores culturales cuya supervivencia está amenazada, sino, sobre todo, para propiciar el desarrollo de los mismos y procurar el surgimiento de nuevas perspectivas para el fortalecimiento de nuestras identidades culturales. En esta medida, la ciudad y la región podrán recuperar y ampliar su imagen y su tradición como un centro generador, receptor e irradiador de una diversa y amplia actividad cultural, como expresión de su identidad en los ámbitos nacional e internacional.

La actividad artesanal, práctica inherente a la cultura andina y al código cultural cañari, que siempre ha tenido importancia en la región azuaya como alternativa productiva para superar las limitaciones de una reducida actividad agrícola y como una de las claves de la cultura local, puede reafirmar y proyectar sus características de contenido y de forma, nutriéndose por igual de sus versiones erudita y popular. La tradición artística regional, puede consolidarse también como otra clave de nuestras identidades a través del fortalecimiento de la amplia y diversa gama de manifestaciones del arte y la creación estética y de los rasgos esenciales que conforman la vida cotidiana, salvando las barreras artificiales que separan lo erudito de lo popular, son la mejor alternativa para superar el predominio creciente de una cultura de masas que adocena, pervierte y desplaza los tradicionales contenidos estéticos de nuestra cultura.

La cultura productivo-empresarial puede reorientar su inversión y sus esfuerzos hacia propuestas productivas más vinculadas con las características culturales regionales como el turismo cultural y ecológico, la artesanía, la hostelería, la creación artística y otras similares; y puede proyectarse también, la importante tradición científica y creativa universitaria, en pos de constituir a Cuenca en una ciudad universitaria por excelencia, por ejemplo, a través de la ampliación de su oferta académica de pregrado y postgrado a nivel nacional e internacional y en general a partir de una vinculación mayor, una fusión de la actividad universitaria con los diversos elementos de la vida cotidiana urbana y regional.

#### 3.4. DIVERSIFICAR LA GESTIÓN CULTURAL

Finalmente, es preciso abordar sin el conservadurismo que se esconde tras la defensa romántica o mitológica de un Estado social y administrativamente ineficaz o el temor artificioso a los bemoles operativos de la descentralización, las propuestas que actualmente están en el debate y que propician una efectiva desconcentración y, sobre todo una real descentralización administrativa y financiera de la gestión de servicios y acciones sociales, entre ellos la gestión cultural. No es posible negar per se la posibilidad de la transferencia de competencias del Estado hacia el poder local y regional, como instancias en las que es más posible una intermediación directa entre las necesidades colectivas y la gestión pública, de la misma manera que no es aceptable oponerse a la tesis de la descentralización de las Casas de la Cultura o del aparato administrativo cultural sin la discusión más amplia y adecuada como una dimensión válida para revitalizar la acción cultural y ampliar el disfrute de los bienes culturales y de nuevos espacios de expresión de la cultura.

La acción cultural institucional debe fomentar una participación más abierta, descentralizada de los sujetos sociales protago-

nistas del hecho cultural, por lo mismo, debe asumir el modo de ser y el estilo de vida cotidiana en la comunidad, refuncionalizando sus ámbitos característicos: el espacio laboral o cultural de trabajo, el espacio civil o cultura política, el espacio familiar y el espacio escolar que es retroalimentado por los anteriores y anticipa un patrón de comportamiento frente a las necesidades del entorno. Una efectiva descentralización de las políticas y de la gestión cultural y una mayor interacción institucional y de la sociedad civil se imponen como procedimientos operativos de los que depende un mayor desarrollo cultural.

Es evidente que hemos carecido de una fuerza cultural capaz de forjar las experiencias integradoras en base no sólo de nuestras similitudes sino sobre todo de nuestras diferencias en las cuales se sustentan simultáneamente la integración de identidades y la posibilidad de comunicación entre ellas. Es hora de empezar.

# La globalización y las mujeres

¿Una cuestión de identidad?\*

— *Marena Briones Velastegui*\*\*

Articular el pensamiento sobre un tema exige acomodo. Acomodo reflexivo y acomodo afectivo. Desafiada por ustedes, gracias a la invitación que me permite estar aquí, tardé no poco tiempo en hallar el sofá más mullido, que no el mejor, en torno a las mujeres y la denominada globalización. Es que el singular espacio que, de un tiempo para acá, ocupa la palabrita “globalización” abre tantas compuertas, que a veces ni una misma puede saber si se encuentra descuidadamente globalizada o ferozmente confundida. Por eso y sin ánimo de justificarme para nada, les advierto que, de este punto en adelante, escucharán correr mi imaginación y, sobre todo, trastabillar mi entendimiento. Aspiro, eso

---

\* Ponencia presentada en el Seminario internacional “América Latina y el Sistema Internacional Contemporáneo: Perspectivas Políticas y Económicas”, organizado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y la Universidad de Cuenca, los días 27 y 28 de noviembre de 1997.

\*\* Abogada. Profesora de la Universidad Católica Santiago de Guayaquil. Editoralista de los diarios Hoy y El Telégrafo.

sí, a que estas ideas abran el diálogo y a que, desde cada individual andarivel, contribuyamos a desenredar este actualizado entuerto.

Pongamos primero sobre el tapete las únicas dos cosas que tengo relativamente claras: una sobre el mundo en que vivimos y otra sobre los síntomas de la globalización.

### El mundo en que vivimos

Creo que no hay pensador o pensadora de esta época que no concuerde con sostener, o por lo menos señalar, que estamos inmersos en un ambiente lleno de contradicciones e incertidumbres. Ello no quiere decir, de ninguna manera, que hasta hoy la humanidad se haya salvado de remezones similares, pero sí significa que, por algunas razones no tan diáfanas todavía, como nunca, hoy convergen, en un mismo espacio y en un mismo tiempo, una serie de -por llamarlas de algún modo- manifestaciones opuestas o contrarias.

Quiero decir, por ejemplo, que mientras por un lado la “automatización” y las innovaciones científico-tecnológicas van invadiendo vertiginosamente nuestras vidas y presionando el ritmo acelerado hasta de nuestros privados pasos, transmitiéndonos sin descanso y sin previo aviso el mensaje de la moderna (¿o postmoderna?) solución total; por otro lado, las tasas de desempleo aumentan en todo el globo terráqueo, la pobreza carcome sin discrimin de la media para abajo, el Estado reniega de su ni tan exitosa condición benefactora y la seguridad social énfila su rumbo de retirada.

Proahijado por el dominio de la inteligencia artificial y de las telecomunicaciones sin fronteras, surge también un proyecto de vida que se asienta casi irremediabilmente sobre el dinero como símbolo del éxito, sobre mercados financieros de veinticuatro ho-

ras, sobre enormes flujos casi instantáneos de fondos; sobre competencia y libertad de iniciativa, asociación y contratación; sobre la primacía del consumo, sobre la glorificación de la inversión extranjera, sobre la reducción de barreras arancelarias, sobre la absoluta flexibilización de la economía y sobre la redefinición del nexo entre el Estado y el mercado.

En contra marcha, en cambio y al unísono, como respuesta defensiva y como consecuencia lacayesca, humanos y humanas coqueteamos diaria y descaradamente con la muerte, enfrentamos armados y amurallados el incremento de la inseguridad social, nos ahogamos colectivamente en la frustración, nos refugiamos en la religiosidad y el misticismo, ejercitamos el arte de la fuga, resucitamos el espíritu lúdico, revitalizamos a las minorías, rescatamos las diferencias, retrocedemos hacia sentimientos fundamentalistas, tomamos el camino del autismo narcisista, nos emborrachamos con el licor de la velocidad y de lo efímero y nos engolosinamos con el señuelo de una prolongada juventud.

En medio de todo eso, como digno representante de estas eras, desde distintos lares y con el padrinazgo de las aristocráticas ciencias duras, hace no poco tiempo atrás entra en escena un personaje, el señor "pensamiento complejo". En palabras de Edgar Morin, uno de sus encumbrados propulsores, "un pensamiento que trata a la vez de vincular y de distinguir -pero sin desunir.". Un pensamiento que -según se dice- convencido de que el dogma del determinismo ha muerto, decide enfrentar sin resquemores el universo de la incertidumbre. Sus tres pilares, al decir del mismo Morin, son, nada menos ni nada más, que la teoría de la información, la cibernética y la teoría de los sistemas. El pensamiento complejo, para que vayan atando cabos, precisamente es "capaz de reunir, contextualizar, globalizar, pero reconociendo lo singular y lo concreto."

¿Propósito interesante de ofrecer un nuevo lugar desde el cual

ver el mundo?. ¿Intento conciente de encontrar un cauce por donde puedan encajar las llamas que flamean de uno y otro lado?. No puedo afirmarlo, ni negarlo. Lo que sí parece indudable es que suele ser utilizado, en varias disciplinas, como recurso para derrumbar los clásicos paradigmas de la modernidad: la “determinación causal; el naturalismo; el esencialismo; el racionalismo; la lógica dicotómica; la idea de trascendencia; la creencia en un orden universal objetivo; y la separación abrupta entre objetividad y subjetividad”.

Y lo que también parece indudable es que, junto a él, ha empezado a gestarse la pluralidad de las identidades humanas. En ese terreno movedizo e incierto de hoy, donde coexisten la real diversidad y la ficción económica de la unidad, un esquema de pensamiento que propone que “el todo es más que las partes” y “menos que la suma de las partes”, termina resultando desafiante y provocador.

## Los síntomas de la globalización

Difícil arremeter contra este asunto. Unas y otras lecturas, según quien las escriba y también quien las lea, ofrecen material para todo. Hay quienes la invocan, la defienden y la exigen; y hay quienes la desmitifican, la cuestionan y la derrumban. Del uno al otro ámbito, cruzan quienes la consideran inevitable aunque socialmente lastimadora y quienes argumentan que países como el nuestro nunca la verán. Ello, sin contar con las esforzadas distinciones entre “globalización” y “mundialización”. Y, como a mí no me resulta nada fácil ubicarla sin dudas en el panorama anterior, peor si -como dice Jürgen Schuldt- “está en boca de todos y para tratar todo tipo de temas, cada cual maneja el concepto a su antojo, con contenidos disímiles y hasta contradictorios”, he optado por comentar nada más que lo que veo, escucho y siento.

Comenzaré con lo menos problemático. Globalizar, neologismo y todo, viene de “globo”, cuyos sinónimos más cercanos son las minúsculas “esfera” y “bola” y las mayúsculas “Tierra” y “Mundo”. De esta partícula semántica elemental, deduzco que globalización remite a una especie de límite circular donde unas cosas están interconectadas con otras. Pero, si nos quedáramos allí, nada de nuevo habría porque, con globalización o sin ella, embarcados todos y todas en la misma nave, de hecho estamos globalizados, o, por lo menos, sería razonable que lo estuviéramos.

La diferencia, entonces, vista desde esta buhardilla, debería estar en un espacio hasta ahora desmadejado. Al calor de los debates, bien podría decir que ese espacio no es uno sino dos: el más evidentemente dominante, la economía, y el menos previsible, la cultura.

Aunque haya quienes sostengan que la globalización no homogeneiza los patrones culturales, uno y otro espacio están imbricados. Es más, sospecho muy fuertemente que si, como cada día luces más, la globalización es una consigna conciente, los modelos culturales de consumo sí constituyen uno de sus más anhelados objetivos.

Esta última afirmación me permite señalar que, en torno a la globalización, muchos cabos andan sueltos. Las señales vienen desde distintos ángulos y son generadas por diversos emisarios. Hay una tendencia globalizadora. Eso es cierto, por lo menos en boca de ciertos grupos y personajes, precisamente los que, en materia económica, suelen llevar la voz cantante. Hay una demanda-exigencia de no perder el carro de la globalización. También es cierto. En boca de los mismos grupos y personajes, y también de otros.

¿Qué es lo que se quiere globalizar y para qué se lo quiere hacer?. Eso sí es más complicado. Y lo es, porque ya no sé si se tra-

ta de que lo queramos o no queramos, sino de que ahí estamos, insertos en una economía mundial cada vez más rectora, cada vez más abarcadora, cada vez más voraz. Ahí estamos, también y a pesar de que todavía no somos muchos, buceando por los “webs” y soñando por el TV cable. Ahí están, además, nuestros jóvenes de toda condición económica imitando a “yuppies” y “yankees”.

Así que algo hay de un espectro llamado globalización. El punto es que eso que, por el momento, he considerado como globalización, no se corresponde necesariamente con la gama de habas que se cuecen al interior de esta gran sociedad. Dicho de otra manera, lo que encuentro es que la globalización, como fenómeno real y total, es puro cuento. Un cuento que se nos presenta como irreversible y como norte salvador de todos nuestros males. Un cuento que se resiste a la maravillosa fragmentación de la diversidad y a su recomposición solidaria, aunque nos ilusione con ella. Un cuento que permite seguir ofertando la idea de modernidad, solo que, esta vez, de una modernidad nada más que tecnológica en beneficio del gran capital. En definitiva, un cuento sobre el cual se levanta el nuevo, de viejo cuño, credo ideológico: el “pensamiento único”. Que puede resumirse en lo siguiente:

- 1.-“Achicar el Estado es agrandar la civilización.
- 2.-“Se acabó la historia; la sociedad será siempre capitalista y liberal.
- 3.-“El liberalismo lleva, inexcusablemente, a la democracia.
- 4.-“Hay que adoptar el modelo neoliberal, que es el que se impone en todo el mundo. La economía social de mercado forma parte ya del pasado y sus defensores son dinosaurios ideológicos. (O “idiotas”, según los nuevos manuales).
- 5.-“Pragmatismo, ya pasó la época de la ideologías.
- 6.-“El mercado lo resuelve todo del mejor modo posible.

- 7.- "No se pretende atacar a los débiles, sino las pretensiones más débilmente justificadas.
- 8.- "Siempre hubo y habrá corrupción, pero en el liberalismo es marginal y en el estatismo, estructural.
- 9.- "Siempre habrá desigualdades porque están en la naturaleza humana.
- 10.- "El nacionalismo económico es una expresión retrógrada que debe desaparecer.
- 11.- "La soberanía nacional es una supervivencia del pasado, está superada y en disolución.
- 12.- "Las privatizaciones son la panacea.
- 13.- "El capital extranjero es la solución; por tanto, hay que desregular del todo el sistema financiero.
- 14.- "La experiencia económica chilena es el paradigma del modelo neoliberal y debe ser imitada."

Lo cierto es que mientras nos lavan el cerebro con tan cacareadas cuñas publicitarias, cuando no hemos hallado aún ni la punta del ovillo para empezar a tejer la menos perniciosa de las democracias equitativas, la realidad de la mayoría de los países y de la mayor parte de los hombres y mujeres de este planeta anticipa el fracaso universal de tan celebrado proyecto.

## Las mujeres

Ahora sí, digamos algo más específico sobre las mujeres, sobre ellas trabajando, pensando, actuando, sintiendo, queriendo, sabiendo, creciendo, haciéndose, en esa supuesta esperanza llamada globalización.

Lo primero que cabe destacar, una vez que hemos elaborado

un cierto diagnóstico del mundo de hoy, es que este siglo, además de por las guerras y las crisis económicas mundiales, se ha caracterizado por la lucha de las mujeres y por su despertar sostenido en la dimensión de lo público.

Las mujeres, apropiadas de herramientas teóricas de variado cuño y desde el podio del feminismo, han sido el sector humano que, como bloque, más ha subvertido los paradigmas clásicos de la modernidad. Basta con tomar el legajo deconstructivista de la feminidad, para aceptar cuánto de razón hay en esa afirmación. De allí que, vista su posición al interior de una tendencia globalizadora, terminan siendo las adalides de una no declarada resistencia. Mientras las mujeres sigan teniendo razones para permanecer en el campo de batalla contra el patriarcado y sus congéneres y para desmoronar la identidad genérica atribuida, el pensamiento único no perderá a su mayor antagonista en el campo de la reflexión.

Si hay algo sobre lo que la teoría feminista sigue indagando es sobre la “igualdad” y la “diferencia”, la “democracia” y el “poder”. Cuatro términos que pretenden obtener la consagración del bautismo definitivo a través de los alivios que dice procurar la globalización y que sustentan las ideas que giran alrededor de ella, cuando, en realidad, el presente no anticipa nada que se parezca a una práctica equitativa de la plural e igualitaria diferencia. Más bien, la globalización tiene visos de dominación y colonialismo.

Por otro lado, la realidad vivencial de las mujeres, particularmente de las de clase media, de las de sectores urbano populares y de las de sectores rurales, pone en jaque los eslóganes de la globalización. Sus duras cotidianidades, todavía a cargo de tareas domésticas, trabajo fuera de casa y labor comunitaria, contra la corriente en boga, revelan, con creces, los graves efectos del ajuste neoliberal. No se trata de que los varones, en similares situaciones de desventaja social, no resulten también sacrificados por el renovado recetario, sino de que, si la pobreza ha tenido siempre

más rostro de mujer, en esta ocasión ese rostro no sólo que se mantiene sino que crece.

Sólo reparen en la cantidad de mujeres jefas de hogar que hay en nuestro país, e imaginen dos de las consecuencias más funestas de la globalización: el aumento de la pobreza y de la tasa de desempleo y la reducción de los beneficios sociales. Puesta en funcionamiento la imaginación, redondeen la imagen y visualicen tres, cuatro o cinco bocas que alimentar, educar, vestir, atender en su salud.

A lo anterior sumen el hecho de que las novedades globalizadoras guían nuevos sistemas de organización del trabajo y de la producción, donde la educación especializada y el entrenamiento tecnológico constituyen uno de sus pilares básicos, y piensen simplemente en quiénes tendrán menos oportunidades y menos tiempo para adquirir esas habilidades. Porque “el aumento en la productividad requiere el talento de no pocos y no la educación de muchos”, y entre esos pocos y muchos, salvo que la mano de obra barata sea la buscada justificación, generalmente no están incluidas las mujeres.

Añadan, también, las demandas de flexibilización laboral y contrástenlas con la circunstancia vergonzosa de que, por igual trabajo, las mujeres suelen recibir un promedio del 27% menos que los varones (Latinoamérica). Reparen inmediatamente, además, en que debido a la incorporación de la fuerza laboral femenina, existen ya algunos estudios que revelan ciertas angustias masculinas por lo que consideran una competencia laboral desleal de parte de las mujeres.

Si es sobre las mujeres sobre quienes más repercute la carencia de servicios públicos y el Estado pretende cada día con más ahínco ceder a la privacidad la mayor cantidad de sus servicios, ¿qué será de la vida de tantas mujeres y sus usuales dependientes: hijos y padres?

Claro que no faltan los buenos augurios para las mujeres. Ro-

na Mears, en su intervención sobre el “Impacto de la globalización en las mujeres y el trabajo en las Américas”, entre otros aspectos, señala que al crearse nuevos mercados de trabajo, se incrementan las oportunidades laborales de las mujeres, y que, al aumentar el cruce de influencias culturales, las mujeres aprenden de otras culturas en las cuales sus semejantes tienen un rol laboral más dominante y lucrativo.

No obstante, Mears mismo reconoce que los datos sobre las consecuencias de la globalización en las mujeres son muy escasos y que, en realidad, se trata de adoptar políticas para que las mujeres puedan obtener ventajas de este nuevo himno.

En la paradoja a la que nos ha sometido la idea de “globalización”, la búsqueda de identidad de las mujeres se sumerge en un universo donde coexisten toda la serie posible de condiciones y aspiraciones de vida. Cuando de mujeres hablamos, hablamos también de la humanidad, sólo que en un porcentaje ligeramente mayor al 50%. Después de la totalidad de seres humanos, no hay segmento social más heterogéneo que el de las mujeres. Y, lo peor del caso, es que aún nos queda por recorrer un largo camino en pro de la equidad. Un largo camino que, en estos momentos, debe también enfrentar las convulsiones que provoca la globalización y las fuerzas que culturalmente se contraponen entre sí.

Lyotard invitaba a declararle la guerra al todo y a activar los diferendos, cerrándole el paso a cualquier explicación totalizadora. Yo creo que las mujeres de nuestros países, más por sus experiencias y necesidades que por sus teorías, están convocando a la revolución personal y colectiva de hallarse en la diversidad. En términos generales, concientes de su marginalización, en medio del tráfigo de hoy, las mujeres conservan incólume sus principales objetivos: recuperar su autonomía, compartir el poder político, rescatar su autoestima, participar del hacer público, reformular el recinto de lo privado. Y, para ello, aunque suene a “gettoiización”,

seguimos siéndonos mutuamente necesarias.

Obligadas, además, durante tantos siglos a definirnos siempre a partir del otro, parece que hoy estamos asumiendo nuestra propia identidad y la de los y las demás como un proceso individualmente colectivo que se construye a partir de relaciones multilaterales, de recíprocos aprendizajes, de vínculos intra y extra personales, de factores multicausales y hasta del azar. Yo diría que estamos redefiniendo el género. Sin descartar los retos de la producción teórica de los setentas y los ochentas, el final del milenio nos ha desafiado a articular y desarticular el todo y las partes, a ponerlos de cabeza o de lado, sin parámetros fijos ni reglas acabadas; a cuestionar hasta nuestras propias utopías y a aguzar la mirada.

Mientras el mundo parece fragmentarse en mil pedazos y la globalización despunta como el horizonte plausible, las mujeres parecen ir configurando un abánico multicolor y cada vez están más empeñadas en proponer modelos socio-políticos de coparticipación.

De esta manera y finalmente, planteo que la globalización se mueve en un cierto plano superficial, lo que no quiere decir que debemos descuidarnos de ella o que no desborde influencias; y que el género ha dejado de ser mera identidad para convertirse en una "categoría integral de análisis". Es en este punto, donde encuentro una similitud con los sustentos del pensamiento complejo.

Sin embargo, creo que todavía queda mucho por descubrir y, en la medida de lo posible, por armar.

## BIBLIOGRAFIA

- Mires, Fernando. La Revolución que nadie soñó o la otra Postmodernidad. Editorial Nueva Sociedad, Venezuela. 1996.
- Morin, Edgar. "Por una reforma del pensamiento". El Correo de la UNESCO, febrero 1996.
- Schuldt, Jürgen. "Globalización: Realidades y falacias". Ecuador Debate # 40, p. 59.
- Estefanía, Joaquín. La nueva Economía. La Globalización. Editorial Debate S.A., 1996.
- Silbey, Susan: "La globalización, el derecho y el colonialismo posmoderno". Portavoz, boletín de ILSA, número 47, octubre de 1996.
- XXXII Conferencia Interamericana de Abogados y Profesores de Derecho. Quito, noviembre 12-17 de 1995.
- Herrera, Gioconda: "Los enfoques de género: entre la gettoización y la ruptura epistemológica". Ecuador Debate 40. Quito-Ecuador. Abril de 1997.

# Globalización y diferencias culturales

— *José María Tortosa\**

## 1.- Introducción

Si por globalización se entiende el lema “menos Estado, más mercado”, no estará de más recordar que “a menos Estado, más violencia”. Y hay ejemplos abundantes. Además, si la globalización explica, junto a otros factores, la actual y tal vez agonizante explosión de los nacionalismos, tampoco estará de más recordar que, en general, “a más nacionalismos, más violencia” sin que lo dicho signifique que todos los nacionalismos tienen que ser necesariamente violentos <sup>1</sup>.

Por otro lado, y por lo que respecta a las diferencias culturales, éstas son construcciones humanas, históricas y políticas, pero tie-

---

\* Sociólogo. Catedrático del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Alicante, profesor e investigador de diversas universidades en el mundo.

1 Con más detalle en Tortosa, J.M., “Globalización, estado nacional y violencia”, en Paz y guerra en conflictos de baja intensidad: El caso colombiano, Santa Fe de Bogotá, Programa para la Reinserción, Colección Tiempos de Paz, 1996, pp. 17-35. En general: Tortosa, J.M., El patio de mi casa: El nacionalismo dentro de los límites de la mera razón, Barcelona, Icaria, 1996.

nen, como en el caso del aprendiz de brujo, su dinámica propia una vez puestas en movimiento. Su relación con la violencia directa, predisponiendo a ella, provocándola o legitimándola, y la posible transformación de las diferencias étnicas, religiosas o nacionales en violencia cultural <sup>2</sup>, hacen que también en este caso sea pertinente plantearse un mínimo de reflexión en el contexto de las Jornadas.

En lo referente al primero de los términos (la globalización), Carlos Monsiváis se refirió recientemente al “peso de las palabras totémicas con persistencia en el idioma de todos, en especial el de los medios masivos, que se aplica mecánica, dogmáticamente: la ‘globalización’, sin necesidad de especificar, es lo que sigue al fin de la historia; se oye y se ve con frecuencia ‘nos hemos globalizado’, ‘no se puede vivir al margen de la globalización’, etcétera, lo que quiere decir más o menos: ‘Hemos perdido la identidad antigua para ocupar un sitio en el mercado libre y un boleto de entrada a la modernidad o a la posmodernidad’” <sup>3</sup>.

La avalancha de estudios y trabajos sobre el asunto es notable<sup>4</sup> pero no dejan de añadir perplejidad. Sobre todo, llama la atención la frecuente aceptación acrítica del término, por una parte, y, por otra, lo frecuente que resulta la receta, que se espera sea recibida con el mismo talante acrítico, de subordinación ante dicho término confusamente definido. “Ríndanse ante la globaliza-

2 Ver Tortosa, J.M., *Identidad, nacionalismo y violencia*, Alicante, Gamma, 1995.

3 La Jornada (México), 21 de abril, 1997.

4 Ver, por ejemplo: Hughes, Ch., “Globalisation and Nationalism: Squaring the Circle in Chinese International Relations Theory”, *Millennium. Journal of International Studies*, XXVI, 1 (1997) 103-124; P. Hirst, “The Global Economy - Myths and Realities”, *International Affairs*, LXXIII, 3 (1997) 409-426; V. Navarro, “¿Es la globalización económica y la tecnologización del trabajo la causa del paro? La importancia de lo político”, *Sistema*, 139 (1997) 5-32; Tortosa, J.M., “Introducción: Global-local, globalismo-localismo, globalización-fragmentación” e “Impacto de los cambios globales sobre las ideologías” en VV.AA., *De lo global a lo local. Relaciones y procesos*, J.M. Tortosa coord., Alicante, Club Universitario, 1997, pp. 1-6 y 113-129. Ver también: Ricardo Ribera, “Para una historización de la globalización”, UCA, Managua, en: [www.uca.ni/ellacuria/globo.htm](http://www.uca.ni/ellacuria/globo.htm).

ción”, parece ser el lema <sup>5</sup>.

El asunto de la globalización, como cualquier otro, puede trivializarse hasta el infinito y así, por ejemplo, la revista Newsweek podía dedicar su portada y un largo reportaje a la “generación global” (estadounidense, por supuesto) que viaja por todo el mundo (incluye reportaje desde Mallorca) y se encuentra con el planeta, sus diferencias culturales y sus variados estilos de vida <sup>6</sup>.

El objetivo de este trabajo es mostrar, de forma que se pretende menos trivial, algunas otras facetas de estas cuestiones tal y como aparecen en los medios de comunicación recientes. Se presentará como sucesivos enfoques con el intento de hacerlos encajar como si fuesen un rompecabezas. Después se procurará descender a aspectos más generales, generalizaciones que, una vez destilados los enfoques, muestren la relación que guardan entre sí la globalización y el modo con que son vividas las diferencias culturales contemporáneas.

## 2.- Enfoques

### 2.1.- ENFOQUE IR

El primer enfoque que presento, al que llamaré enfoque IR <sup>7</sup>, tiene como arranque el que nos encontramos en una segunda revolución capitalista. En la primera, estuvieron los grandes teóricos (Smith, Ricardo), los descubrimientos tecnológicos (máquina a vapor, ferrocarril) y las grandes transformaciones geopolíticas desde el Imperio británico a la potencia de los Estados Unidos.

5 Un ejemplo de lo dicho es Mauricio Torres Toro, “Definiciones de la modernización”, Hoy (Quito), 17 de noviembre, 1997: “Factor fundamental es el convencimiento que tengamos los ecuatorianos de la necesidad de incorporarnos al proceso de globalización, del que parecemos ser los hijos rebeldes”.

6 Newsweek, 9 de octubre, 1997, pp. 28-36.

7 Ignacio Ramonet, “La mutation du monde”, Le Monde diplomatique, octubre, 1997, p. 1.

En esta segunda revolución se mezclan las nuevas tecnologías (la informatización y digitalización que afectan al trabajo, la educación o el ocio de forma espectacular), una situación económica caracterizada por la expansión financiera hasta adquirir las actuales dimensiones planetarias y, en paralelo, aparición de dificultades para la institución del Estado en la medida en que las dos anteriores casan mal con las viejas prerrogativas del Estado nacional.

Frente a estos cambios tan espectaculares, prosigue IR, las sociedades se encuentran como sin brújula y las poblaciones buscan desesperadamente el sentido de lo que sucede mientras se hallan faltos de modelos. El proceso se agudiza en la medida en que los viejos fines colectivos europeos del progreso y la cohesión social son sustituidos por la comunicación y el mercado, objetivos a los que todo debe someterse. Simultáneamente, el poder se presenta con una cara nueva (como redes, horizontales, entre iguales, construyendo consenso) mientras las instituciones más importantes (multinacionales, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, ONGs planetarias) se substraen al voto de los ciudadanos y, en lugar de someterse a la Organización de las Naciones Unidas, se someten a la Organización Mundial del Comercio, nuevo árbitro global. Algo habrá que hacer, finaliza IR, cuando se observa que el voto democrático cuenta tan poco. Reaccionemos, pues.

Resumiendo: grandes cambios globales cuyos efectos sobre las diferencias culturales estriban, precisamente, en que las desdibujan, dejando a las gentes sin brújula, sin modelos y sin reacción frontal.

## 2.2.- ENFOQUE MC

El enfoque MC <sup>8</sup> incluye algunas matizaciones dentro de las evidentes e inevitables limitaciones que impone el artículo periodístico. En primer lugar, el punto de partida consiste en recono-

8 Manuel Castells, "La insidiosa globalización", El País, 29 de julio, 1997.

cer que lo local sigue siendo mayoritario: en lo económico, la producción, el empleo, el consumo y la inversión locales siguen siendo mayoritarias, mientras que, en el terreno de las identidades, las que reconocen la mayoría de habitantes del planeta son las locales y las nacionales. A pesar de todo ello, y este es su segundo punto, el núcleo básico, el central, es global. La economía (mercados financieros y monetarios, comercio e incluso la criminalidad) viene marcada por flujos globales. Lo mismo sucede, en el campo cultural, con la ciencia, la comunicación e incluso el deporte junto a los ya clásicos turismo y religión: la batuta es global. En ambos casos nos encontramos con flujos, factores o tendencias que afectan a todo el planeta por más que la mayor parte de sus habitantes no esté incluida en el sistema global.

El enfoque MC, como antes el IR, conlleva algunas consecuencias prácticas que su autor considera como ineludibles, a saber, que desde el momento en que los Estados no pueden controlar la economía global en la que la tecnología y la información producen una aproximación de productividades y calidad al tiempo que los mercados se unifican y liberalizan, no se puede hacer otra cosa que no sea igualar a la baja las condiciones de producción, o sea, el trabajo y los salarios. Para navegar en esas encrepadas aguas globales nos queda la brújula de la educación y la información y el ancla de nuestras identidades.

Ambos enfoques coinciden, como se ve, en parte del diagnóstico e incluso del vocabulario (la brújula) aunque después las terapias parezcan divergir. Ambos coinciden también en el hecho de que plantean sus perspectivas desde países centrales, Francia y los Estados Unidos-España respectivamente. Las versiones que se encuentran en los países periféricos pueden ser mucho menos coincidentes. Añado, pues, dos enfoques desde la periferia.

### 2.3.- ENFOQUE LT

El enfoque LT es una editorial de un periódico cochabambino<sup>9</sup>. Según este periódico se hace indispensable partir de las condiciones locales y redescubrir las costumbres tradicionales quechuas (como el “ayni” o la “mink’a”) ya que permitirían reacondicionar la economía. Estas viejas costumbres campesinas incluyen valores de cooperación, sentido de la solidaridad en el trabajo, prácticas de autoabastecimiento y racionalidad en la producción y respeto al medio ambiente que las hacen muy apropiadas para favorecer la estabilidad, productividad y bienestar del “ayllu” (comunidad indígena). Para que nadie se horrorice ante este aparente gesto de tradicionalismo en un mundo globalizado y modernizador, el editorialista prosigue recordando que otros países (y cita a Italia, la China y el Japón) llegaron a su propio “milagro” económico precisamente basándose en sus valores tradicionales (el “familismo”, según LT) y no sometidos al recetismo internacional. Son países que atendieron a sus características nacionales e incluso las potenciaron en pro de objetivos fijados por el Estado. En consecuencia, lo que se debe hacer (aquí también hay una prescripción aunque bien diferente de la de MC) es rescatar los valores sociales propios y asentar en ellos la dinamización de la economía. Exactamente lo opuesto, añadido, al universalismo neoclásico<sup>10</sup>.

### 2.4.- ENFOQUE JS

El alejamiento del “recetismo internacional”, como lo llama LT y que bien podría estar ejemplificado por MC, es todavía mayor en este otro enfoque, el enfoque JS, tomado de una revista Malaysia de (aparente) defensa del consumidor<sup>11</sup>. Para este autor,

9 “Valores propios juegan rol importante en economía”, Los Tiempos (Cochabamba, Bolivia) Editorial, 23 de julio, 1997.

10 Ver un ejemplo en “What is the relationship between inequality and economic growth?”, The Economist, 19 de octubre, 1997, p. 94.

11 Jeremy Seabrook, “How Western pop culture helps to demobilise people”, Utusan Konsumer (Penang, Malasia), XXVII, 9, mayo (1997) p. 13.

los agentes del globalismo, a los que él llama los manipuladores globales, no son los ideólogos o los comisarios sino la misma cultura de masas occidentales que refleja los intereses de la clase dirigente mundial y que no pretende desinformar sino promover la identificación con los intereses de los que gobiernan y dominan. En este gigantesco asalto a las culturas del Sur, que no empezó como una conspiración pero que ahora lo es, lo importante es dificultar que la gente piense por sí misma y desplazar la atención: menos preocuparse por mejorar las condiciones de vida y más ocuparse en la fantasía del dinero, el sexo y la alegría encarnados en la "cultura pop". El efecto final es remoldear las conciencias según la imagen de un mercado global que, por supuesto, está controlado por actores ajenos y, ciertamente, distantes.

El enfoque no se aleja mucho de lo que, también desde la periferia (o, si se prefiere, desde la semiperiferia) se decía hace algo más de tiempo: "La «globalización» económica y política somete a toda la sociedad a los imperativos del capital financiero mundial, pero en su juego interviene sólo un puñado de instituciones y agentes sociales (...) Los países «desarrollados», cuyas minorías se apropian de la mayoría de la riqueza mundial, usan y a la vez sobrexplotan, segregan y reprimen a los inmigrantes de los subdesarrollados a los que exportan sus modelos económicos y de consumo y su imagen de paraísos"<sup>12</sup>.

## 2.5.- ENFOQUE DD

La globalización, efectivamente, tiene ganadores y perdedores. No es una "cosa", un fenómeno meteorológico "natural", sino una construcción humana en un mundo desigual formado por Estados igualmente desiguales en su interior. El enfoque DD va

---

12 Emilio Pradilla Cobos, "Modernidad y premodernidad urbana", La Jornada (México), 29 de marzo, 1995. Desde países centrales, ver: Larry Elliot, "A green light that signals stop, not go", The Guardian Weekly, 28 de septiembre, 1997.

mucho más lejos: los nombra <sup>13</sup>. La globalización es un fenómeno de y para la cosmocracia cosmopolita. Mediante ella aumenta la opresión, marca las distancias con el resto de seres humanos, crea conformismo respecto a las jerarquías y sitúa el centro del poder político en la empresa (recuérdese a IR) <sup>14</sup>. Para los que pierden quedan las diferencias culturales, el servilismo, el fomento de la fascinación por el poder propagada de arriba abajo y, sobre todo, el desencadenamiento de odios recíprocos. Los que pierden, al no poder/saber rebelarse contra los que ganan (entre otras razones porque se ocultan detrás de procesos “impersonales”), lo hacen contra los que encuentran a su lado y a los que definen mediante criterios culturales.

Puede haber “reductos de resistencia”, puntos en los que “la aparente infalibilidad de la mundialización choca con la obstinada desobediencia de la realidad. Mientras el neoliberalismo prosigue su guerra, se forman a lo largo del planeta grupos de protesta y focos rebeldes” <sup>15</sup>. Tal vez. Pero el camino hasta ahora recorrido tendría que plantear alguna sospecha ante el entusiasmo por las diferencias culturales, reales sí, pero no por ello menos manipulables o más utilizables en un mecanismo más general de manipulación.

### 3.- Generalizaciones

Creo, y no soy el único, que para evitar innecesarias confusiones conviene distinguir entre globalización y mundialización. Algunos de los enfoques recién citados también lo hacen.

---

13 Denis Duclos, “La cosmocratie, nouvelle classe planétaire”, *Le Monde diplomatique*, agosto, 1997, pp. 14-15.

14 Ver Montes, P., *Golpe de estado al bienestar. Crisis en medio de la abundancia*, Barcelona, Icaria, 1996; Estefanía, J., *Contra el pensamiento único*, Madrid, Taurus, 1997.

15 Sub-Comandante Marcos, “La quatrième guerre mondiale a commencé”, *Le Monde diplomatique*, agosto, 1997, p. 5.

### 3.1.- GLOBALIZACIÓN

3.1.1.- En términos sucintos, la globalización es, básicamente, un proceso económico. Son esos flujos de capitales que cruzan las fronteras durante las 24 horas del día y que se traducen en inversión y compra de acciones, bonos y divisas. Esos flujos, efectivamente, son de difícil control por parte de los Estados y, cuanto más periféricos sean éstos, más difícil les resulta dicho hipotético control. La tendencia general, en los últimos años, ha sido la de un incremento “explosivo” de esos flujos muy por encima de lo que crecía la economía llamada “real” fuera ésta medida en términos de producto interior bruto, comercio mundial en bienes y servicios o necesidades de pago por exportación o importación. Paralelamente, el volumen diario del mercado de divisas se acercaba al total de reservas de los bancos centrales con lo que la capacidad de los Estados para defender sus monedas disminuía sobre todo si se encontraban en la franja intermedia <sup>16</sup>.

3.1.2.- En otras palabras, que, políticamente, se producía una relativa pérdida de la soberanía sobre todo si dentro de la soberanía se incluye la potestad de decidir sobre la propia moneda. El orgullo por el “milagro” del sureste asiático, sobre todo el de los llamados “dragones de la segunda generación” (Malasia, Indonesia, en general los países de ASEAN), dio paso a amargas diatribas, no sin un puntín racista, contra los “especuladores”, reconociendo así que los gobiernos, en el campo de las divisas, pueden hacer muchas cosas, pero no pueden hacerlo todo. Han perdido, empíricamente, poder, amén del que, “libremente”, deciden perder por su integración en un bloque económico o, mucho más claro, en una “moneda única” como la europea.

---

16 Contra las muy fuertes es difícil que los “especuladores” puedan realmente jugar; contra las totalmente periféricas, en cambio, lo que sucede es que no les es rentable jugar. Para los niveles de riesgo en que se mueve el juego, el premio tiene que ser suficientemente grande.

3.1.3 - La reacción defensiva frente a esta pérdida de brújula era el refugio en las identidades culturales que, en el terreno político, reforzaban los restantes factores a favor del auge de los nacionalismos que, a su vez, era contrapesado por el triunfo del liberalismo<sup>17</sup>. Curiosamente, la idea de globalización implica un universalismo que choca con los hechos: por un lado, se predica un único paradigma (“intégrense en la corriente global”) para lo cual todos hemos de ser iguales, es decir, sustituibles; por otro, se provoca la reacción “identitaria y la búsqueda de modelos propios, basados en los propios valores sean estos de la ética protestante, la confuciana o la quechua del enfoque LT<sup>18</sup>”.

3.1.4.- Una situación compleja, como se ve. Factores jugando a favor de la homogeneización y factores jugando a favor de la agudización de las diferencias culturales, pero, no se olvide, con una nueva clase dominante o, por lo menos, con una clase dominante emergente, cosmopolita, que ahora se ocuparía básicamente del sector financiero y monetario<sup>19</sup> y a la que convendría esta prédica de la “globalización” como sustituto “post-moderno” de la fe en el progreso primero y la fe en el desarrollo después.

¿Es todo eso tan nuevo? Ciertamente no. Frente a los que predican (literalmente) el globalismo y su originalidad y, junto a uno y otra, la obsolescencia final del Estado en un “mundo sin fron-

---

17 Ver Aron, S., *Capitalism in the Age of Globalization*, Londres, Zed Books, 1997, especialmente el capítulo 4: “El auge de la etnicidad: una respuesta política a la globalización económica”. Es ya casi un lugar común: Tortosa, J.M., *Sociología del sistema mundial*, Madrid, Tecnos, 1992, pp. 25-27.

18 Para un magnífico análisis de la idea de globalización en el contexto histórico de las sucesivas caras del “desarrollo”, ver Rist, G., *The History of Development. From Western Origins to Global Faith*, Londres, Zed Books, especialmente capítulo 12 y pp. 223-226.

19 Tal vez no se trata de un complot como sugiere JS, pero se ha dicho que los directores de los Bancos centrales forman una “naciente comunidad epistémica transnacional”. Ver Hel'einer, E., *States and the Reemergence of Global Finance. From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca, Cornell University Press, 1994, pp. 198-210.

teras”<sup>20</sup>, están los que hacen ver que las “globalizaciones” son recurrentes en la historia económica de los últimos doscientos años respondiendo a los intereses de los Estados centrales y de los grupos dominantes en el sistema mundial<sup>21</sup>.

### 3.2.- MUNDIALIZACIÓN

Vista con un poco más de perspectiva, la globalización, tal y como acaba de ser definida, puede entenderse como parte de un proceso más amplio y que lleva mucho más tiempo. Me refiero a la mundialización. Como tal se define el proceso seguido por el sistema capitalista desde que empezó a consolidarse hace unos 500 años hasta la actualidad<sup>22</sup>. Básicamente ha sido un proceso de expansión ininterrumpida, tal vez con algunos “descansos”, pero que le ha llevado desde sus orígenes europeos hasta ocupar todo el planeta, de ahí la palabra “mundialización”: el sistema es ahora mundial; ocupa todo el mundo.

Desde esta perspectiva, la historia de la mundialización es la historia de sus sucesivas clases dirigentes, de los instrumentos utilizados para conservar el poder, para crear, en la medida de lo posible, consenso y, en su defecto, para evitar ser desbancadas (enfoque DD). Vista así, la globalización no sería otra cosa que una etapa más de la mundialización y, en este supuesto, algunas características de aquella podrían entenderme mejor gracias a ésta.

3.2.1.- Desde el punto de vista económico, la lógica de este sistema en expansión que ahora se mundializa ha sido siempre la

20 Por ejemplo, Drucker, P.F., “The Global Economy and the Nation-State”, *Foreign Affairs*, LXXVI, 5 (1997) 159-171; Crouch, C. y W. Streeck, “Il futuro della diversità dei capitalismi”, *Stato e Mercato*, 49 (1997) 3-29; Evans, P., “The Eclipse of the State? Reflections on Stateness in an Era of Globalization”, *World Politics*, L, 1 (1997) 62-87.

21 Helleiner, States and the Reemergence of Global Economy, ob. cit.; Weiss, L., “Globalization and the Myth of the Powerless State”, *New Left Review*, 225 (1997) 3-27.

22 Para más detalles y referencias me remito a Tortosa, J.M., “Para seguir leyendo a Wallerstein”, en Wallerstein, I., *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria, 1997, pp. 103-131.

misma: la lógica de la búsqueda incesante del beneficio para lo cual, como ya viera el “Manifiesto” de 1948, hace falta revolucionar sin fin los medios de producción. Esta segunda revolución capitalista como la llama IR no se produce porque sí, sino que encaja con la lógica económica del sistema. Y el paso de la economía “real” a la economía “financiera” también: en fases de contracción (fases decrecientes de los ciclos económicos llamados Kondratiev) la búsqueda del beneficio se orienta hacia la economía financiera (y a la armamentística, no se olvide) <sup>23</sup>. Pero de ahí a que sólo existe una economía global hay mucho trecho. Por el contrario, se ha afirmado que “en lugar de globalizarse, las relaciones económicas se han hecho más intensamente regionales”, que “el comercio regional -comercio, capital e inversión transfronteriza- ha estado creciendo mucho más rápido durante los 90 que el comercio dirigido hacia fuera de la región”, que “dentro de las regiones las divisas, los tipos de interés y el crecimiento económico se han sincronizado más al tiempo de que no se observaba una tendencia a la convergencia de los ciclos de negocios entre las regiones” <sup>24</sup>.

3.2.2 - Desde el punto de vista político, este sistema en expansión aportó la idea (y la práctica) del Estado-nación, es decir, la idea relativamente reciente según la cual la soberanía reside en el pueblo (la nación), todo Estado debe convertirse en una nación y toda nación debe corresponderse con un Estado. Más aún, el sistema parece necesitar para su mantenimiento de la existencia de un sistema interestatal hasta el punto que se llega a pensar que si desaparecieran los diferentes Estados bajo un único “gobierno mundial”, el sistema mismo dejaría de existir transformándose en

---

23 Wallerstein, I., “The Global Picture, 1945-90”, en VV.AA., *The Age of Transition. Trajectory of the World-System, 1945-2025*. T.K. Hopkins e I. Wallerstein eds., Londres, Zed Books, 1996, pp.209-225.

24 John Lapsky y Karen Parker, “Currency lesson ignored”, *Financial Times*, 13 de octubre, 1997.

otro diferente y distinto <sup>25</sup>.

Lo dicho no obsta para que el papel del Estado no esté sujeto a contradicciones. En primer lugar, están las ideológicas. De hecho, las tres ideología producidas dentro de este sistema (conservadores, liberales y socialistas) son, en tiempos distintos, tanto estatalistas como anti-estatalistas. En segundo lugar, están las contradicciones sociales, a saber, la relación contradictoria que tienen las clases dirigentes locales con el Estado ya que lo necesitan (defensa, garantías, orden) al tiempo que les molesta (cortapisas, impuestos, reglamentaciones). Y, en tercer lugar, están las contradicciones geopolíticas. El asunto, aquí, estriba en que la fortaleza del Estado no es la misma en las zonas del centro del sistema y en las zonas de la periferia. Los Estados centrales son Estados fuertes y es difícil saber si son fuertes por ser centrales o son centrales por ser fuertes. En todo caso, lo siguen siendo en la actualidad. En cambio, los Estados periféricos (debilitados si, cuando incorporados eran fuertes, y nacidos débiles si son resultado de pura política colonial) son fundamentalmente débiles... y débiles "deben" seguir siendo según la ideología globalista que sólo a los débiles se aplica... tal vez para debilitarlos más (enfoque JS).

3.2.3.- Para terminar, desde el punto de vista cultural el sistema capitalista (el único hoy existente) ha tenido siempre una curiosa mezcla de universalismo (más o menos homogeneizador) y de particularismo (más o menos centrífugo). Cosmopolitismo de la globalización por un lado y diferencias culturales particulares por otro. El universalismo resultaba funcional para legitimar la existencia de un único mercado, objetivo que va en la lógica de su funcionamiento. El particularismo, en cambio, resultaba funcional para organizar la fuerza de trabajo según cortes de "raza", "nación" o "sexo". La combinación precisa de ambos términos de-

---

25 Tortosa, J.M., "El sistema mundial y las Naciones Unidas", Papeles de cuestiones internacionales, 53 (1995) 17-24.

pendería de coyunturas particulares en el funcionamiento del conjunto y, a este respecto, cabe añadir que las reivindicaciones actuales de los “pueblos originarios” americanos no son por nada casuales.

#### 4.- Incertidumbre

El futuro es incierto <sup>26</sup>. Pero algo se puede, con todas las cautelas, vislumbrar.

##### 4.1.- FUTUROS DE LA GLOBALIZACIÓN

Supongamos que la globalización toca a su fin. Hay ya, se quiera o no, indicadores en el sentido de que el “menos Estado, más mercado” está terminando como eslogan mayoritario, único e indiscutido. Tal vez, por eso, de ese árbol caído muchos están haciendo leña. Pero no es descabellado pensar que si, en etapas anteriores, las fases ascendentes del ciclo Kondratiev han sido relativamente más estatistas, la fase ascendente en la que parece que estamos entrando podría serlo también <sup>27</sup>. Sea así o no, no deja de ser significativo que el Informe sobre el desarrollo mundial 1997 del Banco Mundial esté dedicado al Estado o que el Informe sobre el desarrollo humano 1997 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) abogue por un “Estado activista” <sup>28</sup>.

Para empezar, el Informe sobre el desarrollo humano 1997 que publica el PNUD. En él pueden encontrarse, en efecto, algunas reflexiones sobre “la necesidad de un Estado activista” si se quie-

26 Aguirre M., Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización, Barcelona, Icaria, 1995. Ver cap. VI.

27 En general, ver Wallerstein, I., After Liberalism, Nueva York, New Press, 1995.

28 La incertidumbre también afecta a las grandes instituciones que, según IR, ocupan hoy un lugar central. Ver Subdirección General de Estudios del Sector Exterior, “El impacto de la globalización sobre las economías en desarrollo: visiones opuestas del Banco Mundial y la UNCTAD”, Boletín Económico ICE, 2.554 (1997) 3-8.

ren superar las lacras de la pobreza y la desigualdad extremas. El informe nos dice que “los individuos y los grupos pueden hacer mucho por su propia cuenta para luchar contra la pobreza pero mucho dependerá de la atmósfera creada por la acción gubernamental. Corresponde al Estado un papel central [sic, subrayado mío], no sólo con su actividad sino además con su influencia sobre muchos otros elementos de la sociedad”. Y a las pocas líneas, añade que “una estrategia de erradicación de la pobreza no requiere un Estado en retirada y débil, sino un Estado activo y fuerte, y esa fuerza debe usarse en favor de los pobres y no en su contra”. No lo doy, obviamente, como argumento de autoridad sino como indicador de que algo está cambiando en el viento de las ideas <sup>29</sup>.

Se me dirá que el PNUD no es significativo, que nunca ha sido una agencia fiable en estos menesteres. Puede verse, entonces, El Estado en un mundo cambiante: Informe sobre el desarrollo mundial 1997 del Banco Mundial. Se trataría, según dicha institución, de “reforzar las instituciones públicas” siguiendo el camino marcado por el crecimiento del Sureste asiático en el que un “Estado eficiente” ha sido la piedra angular de su desarrollo. “El buen gobierno no es un lujo, sino una necesidad vital del desarrollo”. Y, para dejarlo atado y bien atado, James Wolfensohn, presidente del Banco, dice que “muchos han podido sentir en el pasado que la solución era el Estado minimalista. El Informe explica por qué esta posición extremista tiene dificultades para encajar con los datos de los casos en los que se ha tenido éxito con el desarrollo”.

Nadie sabe cómo va a “volver” el Estado ni bajo qué forma. Lo que sí se sabe es que las voces conservadoras más lúcidas están abogando por ponerle fin a la globalización, tarea en la que se en-

---

29 Puede verse también Kotler, Ph. y otros, *The Marketing of Nations. A Strategic Approach to Building National Wealth*, Londres, Free Press, 1997.

cuentran acompañadas por otras que vienen de campos políticos diferentes<sup>30</sup>. Actor y estructura estarían, pues, de acuerdo y ambos factores jugarían contra la globalización. ¿También contra las diferencias culturales? Ciertamente no. Pero sí contra la exacerbación "identitaria" producida por la fase que, al parecer, ahora podría acabar. La tolerancia y el multiculturalismo podrían ser más viables a partir de ahora<sup>31</sup>.

#### 4.2.- FUTUROS DE LA MUNDIALIZACIÓN

El caso de la mundialización es algo más complicado. El futuro de la civilización capitalista no está escrito en ninguna parte<sup>32</sup> y las predicciones sobre su fin han sido tan abundantes y, hasta ahora, equivocadas que nada hace pensar que si ahora se repite la predicción, ahora se vaya a tener razón. Pero también es cierto que si los demás sistemas históricos han acabado desapareciendo, éste no tiene por qué ser diferente y eterno. De hecho, el argumento central para anunciar el fin de la mundialización consiste en reconocer su éxito: una vez ha ocupado el mundo entero (y queda ya poco y residual por ocupar), el sistema capitalista ya no tiene el medio habitual para resolver algunos de sus problemas más de fondo, es decir, la ulterior expansión. Es posible que ese mundo simbolizado por internet pueda ser la "nueva frontera",

---

30 Por ejemplo, desde una orilla, Kapstein, E.B., "Trabajadores y la economía mundial", *Política Exterior*, X, 52 (1996) 19-40; Soros, G., "The Capitalist Threat", *The Atlantic Monthly*, CCLXXIX, 2 (1997) 45-58; Rodrik, D., "Has Globalization Gone Too Far?", *California Management Review*, XXXIX, 3 (1997) 29-53. Desde la otra orilla, ver Tabb, W.K., "Globalization is an issue, the power of capital is the issue", *Monthly Review*, XLIX, 2 (1997) 20-30; Sweezy, P.M., "More (or Less) on Globalization", *Monthly Review*, XLIX, 4 (1997) 1-4. Desde ambas: "Diálogos de fin de siglo: George Soros y Anthony Giddens", *Cinco Días*, 10 de noviembre, 1997. Ver también: Hurtado, J., "La Globalización y su(s) descontento(s)", en VV.AA. *De lo global a lo local...*, ob.cit., pp. 7-34.

31 Tortosa J.M., "La explosión de los nacionalismos", *Papeles*, 58 (1996) 9-16; Id., "La tolerancia en las relaciones interestatales: el papel de la ONU", *Iglesia Viva*, 182 (1996) 175-187.

32 Ver Wallerstein, I., *El futuro de la civilización capitalista*, ob.cit.

pero el tipo de transacción que permite está demasiado cercano del típico de la globalización como para augurarle un largo futuro. De hecho, la ralentización ya es observable y no parece que acabe llegando a mucho más del 2 por ciento de la humanidad.

De todas formas, si la mundialización se acaba, los escenarios extremos son dos: por un lado, una especie de neofeudalismo, pequeñas entidades con fuerte identidad cultural, no necesariamente pacíficas ni necesariamente democráticas. Es el escenario de la fragmentación total. Por otro, una recuperación del universalismo, que podría ser neo-neoliberal, asociada con una recuperación de la hegemonía por parte de los Estados Unidos.

En realidad, sigo encontrando válidos los cuatro escenarios que publiqué hace quince años <sup>33</sup> según se considere un futuro unificado o fragmentado políticamente y según predominen, en lo cultural, los factores homogeneizadores-universalistas o los diferenciadores-particularistas. El resultado es el que muestra el cuadro:

	Homogeneidad	Diversidad
Fragmentación	Reinos de Taifas	Babel
Unificación	Mundo Feliz	Pentecostés

Para mi disgusto, encuentro que la hipótesis de Huntington sobre el “choque de las civilizaciones” es una fórmula de compromiso: un mundo fragmentado en diversas civilizaciones que, en su interior, son homogéneas y con relativa unificación política. Introduciendo alguna variable más, yo lo reformularía de forma que resultara un mundo formado por la Unión Europea bajo Alemania, NAFTA (Tratado de Libre Comercio -TLC-) bajo los Estados Unidos, APEC (Asia Pacific Economic Cooperation) bajo

33 Tortose, J.M., Política lingüística y lenguas minoritarias, Madrid, Tecnos, 1982, p. 151.

el Japón, Mercosur bajo Brasil, SAARC bajo la India y, para terminar, la China bajo sí misma e incluyendo a Taiwán. Muchas cosas quedarían fuera: los países musulmanes, el África subsahariana, el Pacto Andino. Con ello quiero decir que por más que la prédica sobre la globalización nos ha hecho pensar que ya no habían diferencias culturales, la realidad nos muestra una relativa inercia de estas últimas con relativa independencia (nunca total) de los restantes factores. Basta asomarse a los periódicos de cualquier lugar distinto del que uno habita para darse cuenta que lo que allí preocupa poco tiene en común con lo que aparece en las primeras páginas de los propios periódicos que cada cual sufre cotidianamente.

## 5.- Coda

Estoy de acuerdo con Vicent Martínez Guzmán cuando afirma que “de lo que se trata es de (...) hacer frente a las malas experiencias, no sólo con brillantes descripciones sobre qué mal está todo, sino con criterios que apunten hacia alternativas que tomarán en serio esas descripciones de «todo lo que está mal»”<sup>34</sup>. Mi contribución al tema del “racismo y la educación para la paz” ha sido más la del notario, la de hacer discretas descripciones sobre cómo está todo, aunque esté mal, y la de ver qué salidas podría tener ese todo. El “qué hacer” lo dejo para otros, entre ellos los autores de la mayoría de enfoques reseñados. Eso, al fin y al cabo, es la división del trabajo: no todos vamos a ir diciendo lo que se debe hacer. Algunos no sabemos.

---

34 Martínez Guzmán, V., “Reconstruir la paz doscientos años después. Una Filosofía Transkantiana para la Paz”, en VV.AA., Kant: La paz perpetua, doscientos años después, V. Martínez Guzmán ed., Valencia, Nau Llibres, 1997, p. 122.

# Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo\*

— *Juan Francisco Martín Seco*\*\*

## Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo

Nada más curioso que el fenómeno Fukuyama, un sólo artículo ha sido bastante para lanzarle desde el anonimato a la popularidad universal. Y es que las ideas cuanto más extravagantes más posibilidades tienen de expandirse, sobre todo, si están en consonancia con las pretensiones e intereses de los que controlan la opinión mundial.

---

\* Ponencia presentada en el Seminario internacional "América Latina y el Sistema Internacional Contemporáneo: Perspectivas Políticas y Económicas", organizado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y la Universidad de Cuenca, los días 27 y 28 de noviembre de 1997

\*\* Ex-interventor General del Estado. Ex-Secretario General de Hacienda en España.

El mensaje de Fukuyama ha tenido tanta resonancia por que, en el fondo, es lo que deseaba escuchar el “establishment” e incluso gran parte de la sociedad occidental satisfecha. Es difícil si no explicar cómo en las postrimerías del siglo XX desde la atalaya de la acumulación de conocimientos históricos traducidos en sano escepticismo, y con el horizonte de grandes interrogantes mundiales, se puede hablar en serio del fin de la historia.

Se han apresurado a cantar victoria. Los países capitalistas, o más bien quienes en ellos mantienen el poder, tenían prisa. Había que dar la impresión de que no existía disputa ni polémica posible. Fukuyama se ha convertido en un símbolo no tanto del fin de la historia, como de aquéllos a los que les gustaría liquidar la historia porque piensan que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

En realidad, el fenómeno no es nuevo. A lo largo de los tiempos, todas las culturas han tendido a perpetuarse y han generado apologistas dispuestos a negar la posibilidad de cualquier cambio bajo la suposición de que la estructura socio-política vigente era la óptima. No se trata tanto de defender una ideología, como de negar el derecho a existir de otras. Cerrar el tiempo. Despreciar por utópica cualquier otra posición alternativa.

Hoy en día, los defensores y beneficiarios del orden internacional mantienen como verdad científica y casi religiosa la permanencia inmutable del sistema actual, y condenan con la descalificación y el ostracismo a todos aquellos que, aunque sea mínimamente, se atreven a plantear dudas acerca de la robustez de los valores imperantes. Ellos solos y por su cuenta han decretado la muerte del socialismo y con él se han apresurado a enterrar cualquier ideología de izquierdas, así como toda aspiración a una realidad más justa y a un mundo mejor.

Frente a esta beatería azul pastel que canta alabanzas y salmos al mundo capitalista, la realidad mostrenca, terca, nos dice diaria-

mente lo contrario. Las soluciones han podido fracasar -a saber de quién es la culpa-, las ideologías han podido quedar viejas -no más que las que propugnan los místicos del sistema-, pero las preguntas, dudas y contradicciones mantienen toda su actualidad.

Porque lo cierto es que nuestra satisfecha sociedad guarda en su vientre un secreto por todos conocido, pero conscientemente olvidado: lacerantes desigualdades como jamás ha sufrido la historia de la humanidad.

La diferencia existente entre la renta per capita de Suiza (34.000 dólares) o Estados Unidos (22.000 dólares) y la de Etiopía (137 dólares) crea un abismo difícil de justificar. Los treinta y seis países más pobres del planeta, que concentran la mitad de la población mundial, no alcanzan una renta de 425 dólares per capita; y los setenta y ocho países de la periferia, incluyendo a los anteriores, con las cuatro quintas partes de la población del planeta, están por debajo de los 2.000 dólares per capita de renta nacional.

Incluso en los países desarrollados, la pobreza se extiende entre el 20, y el 40 por ciento de la población, y crea situaciones difíciles de sostener.

La distancia que separa a los países ricos de los pobres, lejos de acortarse con el tiempo, se amplía más y más, y las condiciones demográficas contribuyen a que el porcentaje de la población mundial que vive en la periferia del sistema sea cada vez mayor. Si hace veinticinco años se hablaba de que las dos terceras partes de la humanidad estaban condenadas a la máxima pobreza, hoy se puede afirmar que son las cuatro quintas partes de la población mundial las que están sometidas a la miseria.

La tan manida división entre centro y periferia, entre Norte y Sur, es algo más que una realidad desagradable con la que estamos obligados a vivir, es el resultado querido y provocado en el

plano internacional por un sistema y unas relaciones de producción radicalmente injustas. Porque, el sistema capitalista mundial funciona de acuerdo con determinadas reglas que polarizan las distintas agrupaciones sociales en un centro y en una periferia, e impiden que ésta pueda salir de la situación en que se encuentra. No es cierto que, como ha dicho Rostow, sea un problema de tiempo y de etapas, sino más bien que, tal como ha sido afirmado por infinidad de autores, el precio de la prosperidad del centro es la pobreza de la periferia.

La acumulación de capital y la internacionalización de la economía crean progresivamente condiciones de mayor desigualdad y la perpetuación del colonialismo; un colonialismo diferente del que ocasionó las dos guerras mundiales, pero no por eso menos duro y efectivo.

Este mundo, así definido, puede ser todo menos estable. Al margen de los deseos de aquéllos que, satisfechos, cantan al orden establecido, lo cierto es que este orden, si así se le puede llamar, es inestable y generará miles de desequilibrios.

La periferia se negará a aceptar como definitiva una realidad que la condena permanentemente a la miseria; el centro, para mantener sus privilegios, deberá encasillarse y endurecer sus posiciones, y nuevas oleadas de bárbaros presionarán en “las marcas del imperio” para acceder al círculo de la abundancia.

## El libre cambio

Como no podía ser de otro modo, los seguidores del neoliberalismo económico proyectan a la escena internacional su veneración por las leyes del mercado, y se declaran, en teoría, furibundos partidarios del libre cambio. Esta doctrina, parte de David Ricardo y llega a nuestros días sin grandes innovaciones en sus fundamentos esenciales. Establece que la mejor política en el

campo del comercio internacional es la de la absoluta libertad, evitando cualquier tipo de restricciones gubernamentales, de manera que cada país se especialice en aquellas actividades para las que disponga de “ventajas comparativas” con respecto al resto.

La doctrina está basada en una aparente lógica que no es otra que la aplicación de la división del trabajo al comercio internacional. Cuantas menos trabas tengan tanto los compradores como los vendedores, mejor para todos. ¿Pero qué ocurre cuando un país carece de cualquier ventaja en la fabricación de los diferentes productos? O viceversa, ¿qué sucede si es un solo país el que presenta mayores ventajas en la producción de todos los bienes? El sentido común nos dice que los países más competitivos terminarían arrasando y adueñándose de todos los mercados y los menos competitivos no lograrían exportar ninguno de sus productos. Es decir, los más desarrollados se harían más ricos y los del Tercer Mundo se hundirían en su pobreza. Además, esta situación tampoco podría prolongarse en el tiempo, el desmantelamiento de los tejidos productivos y por lo tanto el empobrecimiento de los países carentes de ventajas comparativas les llevaría, una vez agotada su capacidad de endeudamiento, a la imposibilidad de adquirir productos en otros países. El resultado, por tanto, a medio y largo plazo sería condenar a la pobreza y a la marginación a grandes capas de la población, sin que por otra parte los más competitivos lograsen beneficios duraderos.

La teoría clásica contempla el problema desde otro ángulo. Para sus defensores, la desigualdad de los países en el punto de partida no constituye una objeción seria, no invalida sus conclusiones. El equilibrio se produciría de igual modo a través del patrón oro. Los desajustes en las balanzas de pago deberían saldarse mediante movimientos de oro desde los países deficitarios hacia los que presentan superávit en sus cuentas exteriores, lo que generaría, siempre y cuando se cumpla la teoría cuantitativa del dinero, una reducción de los precios en los primeros y procesos inflacio-

narios en los segundos, estableciéndose así una nueva estructura de costes en la que todos los Estados presentarían ventajas comparativas, al menos en la fabricación de algunos productos, lográndose de este modo el equilibrio en el comercio internacional.

Tras el abandono del patrón oro en el sistema monetario internacional, la teoría del libre cambio adaptó perfectamente sus postulados a las nuevas coordenadas. La única diferencia radica en que, a partir de ese momento, el ajuste habrá de producirse por las devaluaciones o apreciaciones de las divisas dando lugar a nuevas relaciones de intercambio.

En realidad, en todas las materias, el modelo neoclásico se apoya en los mismos principios y maneja las mismas soluciones. Todo se reduce a admitir la flexibilidad de los precios. Si un país, en un momento concreto, no presenta ninguna ventaja comparativa, se debe únicamente a que mantiene frente al exterior una estructura de precios incorrecta que se corregirá mediante modificaciones en el tipo de cambio. Es conveniente recordar que el primer precio es el salario; es decir, un país que deprecie su moneda está reduciendo los salarios interiores con respecto a los que se pagan en el extranjero.

Es por eso por lo que la versión más reciente de la teoría del libre cambio, la de Hecksher-Ohio-Samuelson, apoyándose en el mismo principio básico, fundamenta la ventaja comparativa de los países en la mayor disponibilidad relativa de los diferentes factores de producción; de manera que las economías tienden a especializarse en función de la mayor o menor abundancia de cada uno de ellos. Así, aquellos que carecen de capital pero dispongan de un número excesivo de trabajadores, se especializarán en productos y servicios intensivos en mano de obra; mientras que, por el contrario, allí donde haya un superávit relativo de recursos financieros se desarrollarán actividades que requieran un alto grado de acumulación de capital, pero pocos trabajadores, aunque

muy cualificados<sup>1</sup>.

Lo sorprendente de la teoría del comercio internacional y del modelo neoclásico es su defensa de que la mejor política posible para un país es la del libre comercio, no solo cuando es generalizada y todos los países se atienen a sus exigencias, sino aun en el caso de que otro u otros países practiquen una política proteccionista. Estarían así injustificadas las actuaciones tendentes a empobrecer al vecino mediante el uso de aranceles y contingentes a la importación. La verdad es que estas aseveraciones son bastante difíciles de creer; y de hecho, en la práctica, ningún país las acepta y solo están dispuestos a desarmarse comercialmente a condición de que otros hagan lo mismo. Es más, los distintos acuerdos de comercio internacional son siempre extrañas mezclas de proteccionismo y de libre cambio, en los que cada país intenta obtener la mayor libertad posible de exportación para sus productos, a la vez que busca un alto grado de protección para sus mercados frente a los artículos extranjeros.

Pero el neoliberalismo económico da un paso más y pretende que, aun cuando el punto de partida entre los distintos países sea muy desigual en riqueza, nivel de salarios y renta per cápita, la adopción del libre cambio irá amortiguando las diferencias, siempre que se acepte también la libertad absoluta de circulación de los factores de producción. Tal aspiración parte del hecho de que la productividad marginal es decreciente, por lo que la rentabilidad del capital aumentaría a medida que escasease este factor y dispusiera, sin embargo, de abundante mano de obra, produciéndose el proceso contrario en lo referente a la retribución de los trabajadores. La traslación de estos planteamientos a la realidad

---

1 Los déficits comerciales de algunos países obedecen tan solo, según el liberalismo económico, a que sus salarios son demasiado elevados para poder ser competitivos, en las condiciones productivas en que se encuentran. Para lograr el equilibrio exterior es imprescindible reducir las retribuciones de los trabajadores, de manera que sus productos se abaraten frente al exterior.

internacional, implicaría que la rentabilidad del capital sería mayor en los países del Tercer Mundo que en los desarrollados, mientras que los salarios serían mucho más reducidos en los primeros. Es lógico suponer que si no existe ninguna traba para la libre circulación de capitales, estos emigrarán hacia los países subdesarrollados hasta que se instaure el equilibrio tanto en la retribución del capital como en el nivel de salarios y por lo tanto, antes o después, se lograría la equiparación de la renta per cápita. Lo único que se necesita es que en los países receptores del capital se generen las condiciones adecuadas para acoger la inversión extranjera: creación de infraestructuras, formación de la mano de obra, desregulación de los mercados laborables, flexibilidad absoluta para la libre circulación de capitales y para repatriar los beneficios y, por supuesto, que las condiciones políticas no creen incertidumbres adicionales.

Este planteamiento, sin embargo, choca frontalmente con la realidad y la experiencia. De cumplirse las prescripciones del neoliberalismo económico, sería de esperar que el comercio internacional se desarrollase especialmente entre países con economías diferentes. Los países desarrollados exportarían artículos sofisticados, intensivos en capital, e importarían de los países más pobres materias primas y bienes poco elaborados cuya producción tan sólo necesita de mano de obra, y viceversa. Pero los hechos son otros. La mayoría del comercio mundial se efectúa entre los países del primer mundo, con economías muy parecidas y producciones similares en muchos casos; por el contrario, los países pobres apenas participan de las corrientes internacionales de intercambio, e incluso en los ejemplos más extremos de miseria, quedan prácticamente excluidos de la economía mundial, incapaces de competir en ninguna faceta.

Tampoco se cumple el pronóstico de que el capital afluiría de los países ricos a los pobres. Más bien ha sido al contrario. A partir de 1983, tal como afirma Pedro Montes, se ha producido una

transferencia neta de recursos financieros desde los países subdesarrollados al resto, principalmente al primer mundo.

“Las corrientes de inversión directa neta ascendieron en la década 1982-91 a 110.000 millones de dólares, pero los pagos por dividendos se elevaron hasta 91.000 millones, reduciendo el flujo neto, por tanto, sólo a 19.000 millones. Los préstamos exteriores netos privados, a medio y largo plazo, experimentaron una caída brusca a partir de 1982 tras desencadenarse la crisis de la deuda, elevándose para el conjunto de la década 1982-91 a 141.000 millones de dólares. Sin embargo, los intereses pagados por dichos préstamos ascendieron a 357.000 millones de dólares, por lo que resultó una transferencia neta contra los países en desarrollo de 216.000 millones. Las transferencias de recursos mediante préstamos a corto plazo se saldaron también negativamente (las burguesías locales hicieron patria colocando sus capitales en el extranjero) por un importe de 106.000 millones de dólares.

Las donaciones privadas netas ascendieron a 33.000 millones durante la década, en tanto que las donaciones de gobiernos y organismos oficiales se elevaron a 153.000 millones de dólares. Por otro lado, los créditos oficiales netos representaron en los diez años aludidos unos recursos financieros de 224.000 millones de dólares, pero los pagos por intereses, por 156.000 millones, los dejaron reducidos a una aportación neta de 69.000 millones.

El conjunto de las operaciones reseñadas arroja un saldo de transferencias de recursos financieros en contra de los países en desarrollo de 49.000 millones de dólares. Pero teniendo en cuenta que las reservas de divisas de esos países aumentaron en la década en 116.000 millones de dólares, y que ese aumento tiene el significado de un préstamo a favor de los países que emiten las reservas, el balance total en la década 1982-91 de las transferencias de recursos financieros es negativo para los países en desarrollo

por 165.000 millones de dólares”<sup>2</sup>.

Se ha pretendido explicar esta concentración de capital en los países ricos y su huida de los del Tercer Mundo por la mejor y más abundante tecnología de la que gozan los primeros; pero, en realidad, tal formulación constituye una petición de principio, porque si esto es así, es precisamente por la carencia de capital que tienen los últimos. La tecnología es cara. En definitiva, subsiste la pregunta de por qué no acude el capital, y con él la tecnología, a los países subdesarrollados si la rentabilidad de este factor, tal como afirma la teoría neoclásica, es mayor en el Tercer Mundo.

Se ha dicho también que la cualificación de la mano de obra es muy superior en los países del Norte que en los del Sur. Lo cual es cierto y explica parcialmente las diferencias de salarios entre las distintas regiones, pero solo parcialmente, porque de otro modo no se comprendería cómo existen masas inmensas de trabajadores del Tercer Mundo dispuestos a emigrar a los países desarrollados, donde gozarán, sea cual sea su nivel de especialización, de mejores condiciones de trabajo que en sus países de origen.

Una vez más, el liberalismo económico y la teoría neoclásica se mueven en modelos de laboratorio, totalmente alejados de la realidad. Sus famosos mercados autorregulados fallan, y las cosas son muy distintas de como aparecen en sus libros de texto. Siempre interfiere un buen número de variables no previstas; entre ellas no es la menos importante en los momentos presentes el incumplimiento de esa suposición acerca de la existencia generalizada de rendimientos decrecientes<sup>3</sup>. Hoy, nos movemos en un mundo de economías de escala, donde el coste de producción se abarata a

---

2 Pedro Montes. El Internacionalismo Neoliberal, en “La larga noche neoliberal”, Ed. Icaria e I.S.E., Madrid, 1993, p. 76.

3 La teoría neoclásica del desarrollo se fundamenta en que la acumulación de capital en los países ricos conduce a que su rentabilidad sea menor.

medida que aumentan las unidades producidas. Lo que justifica la tendencia a ampliar lo más posible los mercados, al tiempo que se persigue el monopolio, o al menos el oligopolio, porque cuanto más amplio es el mercado que se domina, más probabilidades hay de reducir costes. En cierta medida, los mercados terminan por ser cautivos y tan solo se puede entrar en ellos tras cuantiosas inversiones y rompiendo las cuotas ya adquiridas por los competidores; así, la progresiva desaparición de la pequeña y mediana empresa es un hecho, especialmente en determinados sectores industriales. La única posibilidad de hacerse un "nicho" en la fabricación de ciertos productos es mediante cuantiosas acumulaciones de capital e introduciendo particularidades en los artículos que los singularicen de alguna manera. Existe, pues, junto a la globalización geográfica, una parcialización de los mercados en la que, en realidad, cada empresa actúa como monopolista de sus propios productos diferenciados. Se da así un nuevo concepto de competencia, llamada a veces competencia imperfecta o monopolística, que nada tiene que ver con esa competencia con mayúscula que defiende el modelo neoclásico<sup>4</sup>. Esta nueva organización productiva solo es viable si se cuenta con mercados extensos y la rentabilidad será tanto mayor, cuanto mayor sea el volumen de producción y ventas. Se juega, por tanto, con funciones de costes marginales decrecientes<sup>5</sup>.

### La aceptación de este comportamiento generalizado de los

- 
- 4 La diferencia esencial entre uno y otro tipo de competencia radica en el poder que el empresario tiene frente a los precios; mientras que en la competencia perfecta las empresas son precio-aceptantes, esto es, el precio les viene impuesto por las teóricas leyes del mercado, en el caso de la competencia imperfecta las empresas tienen una relativa capacidad para fijar sus precios.
  - 5 La teoría ha admitido siempre que la existencia de inmovilizados, y por lo tanto de unos costes fijos en el proceso productivo, conduce a que, en un primer tramo de la cantidad producida, los costes marginales sean decrecientes; pero, a partir de un determinado nivel de ventas, los costes marginales se transforman en crecientes y los rendimientos, por tanto, en decrecientes. Las economías de escala y los rendimientos crecientes serán la excepción y no la norma general. Lo novedoso de la actual situación es precisamente que la excepción se convierte en norma general.

mercados dinamita la teoría neoclásica del comercio internacional y del crecimiento. Si los rendimientos marginales del capital son crecientes, este tiende a la concentración y a la acumulación. Lejos de suponer que la libertad de comercio y la libre circulación de capitales produce un flujo positivo de recursos de los países más capitalizados a los más pobres, hay que mantener la existencia del proceso inverso<sup>6</sup>. Queda rechazada por tanto la tan acariciada idea del equilibrio a través de la convergencia de los países en su nivel de riqueza. Tampoco existe ninguna razón para pensar que se producirá un acercamiento en la renta per capita, ni en el nivel de los salarios. Bien al contrario, los países pobres serán cada vez más pobres y los ricos, cada vez más ricos. El libre cambio tiene consecuencias funestas para los países subdesarrollados, que se ven inmersos en un círculo de pobreza sin vislumbrar la salida. Los desequilibrios en su balanza de pagos les obligarán a endeudarse de manera permanente; pero, curiosamente, una gran parte de esos recursos, en ausencia de mecanismos de control de cambios, retornarán a los países ricos en forma de inversiones, ya que los capitalistas del Tercer Mundo preferirán invertir en los países desarrollados, donde la rentabilidad es mayor.

En realidad, este fenómeno de concentración de las inversiones ha sido desde siempre ampliamente conocido. De hecho, solo así se explica el fenómeno de las grandes urbes y los desequilibrios regionales que se producen dentro de los Estados nacionales<sup>7</sup>. Sin embargo, estas desigualdades entre las zonas de un mismo país se han paliado a menudo mediante la actuación del Estado. El sector público ha asumido frecuentemente un papel activo practicando una redistribución de la renta regional a través

---

6 Las grandes multinacionales tenderán a dominar los mercados con sus productos, pero sin que esto implique invertir en esos países. Es posible que en muchas ocasiones adquieran las empresas nacionales con la única finalidad de eliminar a un competidor.

7 Lógicamente, cada Estado representa un mercado único, ausente de cualquier restricción para que los bienes y los factores de producción puedan circular libremente.

de los mecanismos presupuestarios y de la seguridad social, y poniendo en marcha políticas encaminadas a desarrollar las zonas más deprimidas. Mas todo esto desaparece cuando nos trasladamos al plano internacional<sup>8</sup>; en él perviven únicamente los mecanismos del mercado en estado puro que, tal como venimos observando, no solo no garantizan la convergencia sino que, además, pueden aumentar la desigualdad.

## Globalización de la economía

Por desgracia tales teorías económicas han traspasado el ámbito de los defensores del neoliberalismo económico, siendo asumidos por parte de las socialdemocracias. El social-liberalismo, tal como muestra el último documento aprobado por la internacional socialista, cae en la trampa preferida del neoliberalismo económico: la de la globalización de la economía, entendida como un hecho irreversible, una revolución de dimensiones ciclópeas acaecida en los últimos veinte años que viene a cambiar de manera radical el mundo y la sociedad. Nada es igual, un mundo nuevo “ante el que no sirven los viejos dogmas”, claro que eso que llaman los viejos dogmas se pretende cambiar por otros que sí que son dogmas, e infinitamente más viejos.

El concepto de globalización de la economía se utiliza de forma abusiva y ambigua. En sentido estricto, es difícil afirmar su existencia cuando la mayoría del comercio internacional se efectúa entre los países desarrollados, y cuando amplias zonas de nuestro planeta quedan prácticamente al margen de los circuitos

---

8 La emigración de la mano de obra es otro elemento que ha contribuido a paliar la pobreza de las zonas deprimidas, proceso que sin duda presenta graves inconvenientes y enormes costes sociales, pero que evita situaciones aun peores. Estos movimientos migratorios cuentan con fuertes restricciones legales entre los países ricos y los pobres, y hasta en aquellas zonas de mercado único como la Unión Europea, donde teóricamente no existen, el idioma y la distinta cultura constituyen barreras infranqueables.

internacionales. Y algo parecido ocurre con el término “deslocalización” que, si existe, no es desde el primero al tercer mundo, sino a la inversa, ya que este último es exportador neto de capitales. Incluso esos dragones asiáticos con los que se pretende coaccionar permanentemente a las clases trabajadoras del primer mundo para que acepten condiciones laborales más desfavorables tienen muy poca importancia relativa en la economía mundial. España, por ejemplo, realiza con estos países el 1,9% de todas sus importaciones y el 2% de sus exportaciones, mientras que aproximadamente el 80% de importaciones y exportaciones las lleva a cabo con los países de la OCDE.

Pero es que, en segundo lugar, refiriéndonos exclusivamente a los países ricos, ese fenómeno llamado globalización no tiene la importancia que se le pretende dar y, en ningún caso, las modificaciones producidas en el comercio internacional en los últimos veinte años adquieren la condición de revolución o de un cambio cualitativo capaz, como se pretende, de justificar una nueva estrategia económica o de dejar obsoletos los presupuestos políticos y económicos de antaño. En realidad, se trata de modificaciones cuantitativas más o menos significativas, pero sólo eso.

Es verdad que por ejemplo en estos momentos la economía de Estados Unidos es más abierta que en 1960, es decir, que el comercio exterior ha crecido a un ritmo mayor que el PIB. Si en 1960 importaciones y exportaciones rondaban el 5% del PIB, hoy se sitúan alrededor del 10%. Pero este último porcentaje en ningún caso autoriza a hablar de mundialización de la economía. Qué diríamos de una empresa que comprase y vendiese a sus empleados el 90% de sus inputs y de sus outputs, respectivamente. Lo dicho anteriormente es también aplicable a Japón y a la Unión Europea. El primero incluso ha seguido una evolución contraria a la de Estados Unidos, y tanto las importaciones como las exportaciones han reducido su participación en el PIB. En Europa, las importaciones y exportaciones extracomunitarias han crecido

más o menos al mismo ritmo que lo hacía el PIB; cosa distinta ha sido el comercio intracomunitario, pero ello obedece a otras razones a las que luego me referiré.

Tampoco es válido argumentar que aunque la mayoría de la producción se venda en los mercados nacionales éstos están sometidos a la competencia internacional. Los servicios ocupan hoy en día, en todos los países, bastante más de la mitad del PIB, y se encuentran aislados en una proporción importante de la concurrencia exterior por la dificultad que existe en transportarlos. Pero es que ni siquiera en el resto de la economía se puede afirmar que exista competencia en todos los sectores y mercados. En la mayoría de ellos ocurre todo lo contrario, en algunos casos porque están dominados incluso a escala mundial por muy pocas empresas, y en otros porque las prácticas proteccionistas no han desaparecido por completo, valga de ejemplo más extremo lo que ocurre con el sector primario en la Unión Europea.

Si alguna vez existió una auténtica revolución en el ámbito del comercio internacional, acaeció —tal como afirma Paul Krugman—<sup>9</sup> a mediados del siglo XIX, cuando los ferrocarriles y los barcos a vapor hicieron posible el transporte a gran escala de mercancías voluminosas. En aquella época sí que aumentó vertiginosamente el comercio internacional. El país con una economía más fuerte, Gran Bretaña, exportaba más de un tercio de su PIB. Es decir, tres veces lo que exporta actualmente Estados Unidos. Y esa actividad mercantil iba acompañada de grandes movimientos de capitales, Gran Bretaña llegó en algunos años a invertir en el exterior más del 40% de su ahorro, y si hablamos de migraciones, los movimientos migratorios acaecidos en aquella época dejan pequeño cualquier fenómeno reciente.

Es a partir del siglo XIX cuando se puede empezar a hablar de

---

9 Paul Krugman, *Vendiendo prosperidad*. Ariel, 1994. Barcelona. p.234 y ss

una economía global y de mundialización. Desde esa fecha ha habido sin duda cambios notables; pero se puede considerar que todos ellos se mueven en la órbita cuantitativa. Más integración en determinados momentos, y menos en otros. Lo que desde luego sí se modifica es la respuesta dada por los poderes políticos, por los Estados, ante la realidad económica, según hayan asumido una postura más intervencionista o hayan permitido total libertad a las fuerzas económicas y a los capitales para imponer su ley y sus conveniencias.

Lo que sin duda sí ha cambiado de manera sustancial son los mercados financieros. Actualmente, tienen muy poco que ver con la economía real. Más del 90% de sus operaciones no obedece a transacciones comerciales sino a meras actuaciones especulativas. Pero estas innovaciones no se derivan de ninguna fuerza fatalista más allá del control del hombre y de la sociedad, obedecen más bien a la distinta postura adoptada por los poderes políticos abdicando de sus competencias y permitiendo que el capital se mueva con total libertad. Tienen su origen precisamente en ese fundamentalismo neoliberal al que se dice querer combatir. Lo novedoso no es el mundo ni la economía, sino el hecho de que la totalidad de los gobiernos, imbuidos de los presupuestos neoliberales, hayan renunciado a practicar cualquier política de control de cambios. En esas coordenadas, hablar de que la democracia debe primar sobre el mercado -tal como hace el documento citado- es pura palabrería sin ningún contenido. Porque la contradicción ya se ha producido y hoy son los mercados, los poderes económicos, los que imponen sus condiciones a los poderes políticos, pero tan sólo porque los neoliberales -o los social-liberales, es igual- han asumido previamente que la economía es autónoma respecto a la política

La globalización lejos de ser la causa es más bien el efecto. Lo que hoy se llama internacionalización de la economía es ante todo liberalización. Los avances en las técnicas de comunicación y

de transporte conforman solo un medio, un instrumento, que dota de posibilidades pero nada más, y nada sería sin una nueva ideología que pretende liberar a la economía del poder democrático. Las épocas de triunfo ideológico del liberalismo económico son también las que en mayor grado se da la internacionalización de la economía. Así, por ejemplo en la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de que lógicamente el desarrollo tecnológico era menor, presentó una mayor integración económica a nivel internacional que en los años cincuenta y sesenta del presente siglo e incluso en algunos aspectos mayor que los momentos actuales.

El origen ideológico del fenómeno aparece también de forma clara al advertir que esa pretendida globalización no se da en todos los aspectos de la realidad económica solamente en aquellos que interesan al poder económico. Así mientras la internacionalización (liberalización) es total en lo que hace referencia a los flujos financieros y a los movimientos de capitales, la restricción es también absoluta en materia de movilidad de mano obra. La proclamada aldea global se encuentra escindida en cuadrículas, fortificadas y amuralladas a efectos de impedir los no deseados movimientos migratorios. Y en materia de comercio exterior se impone también la selección, el libre cambio o el proteccionismo alternan según las conveniencias.

Si insisto tanto en esta idea es porque me interesa rebatir ese argumento un tanto ingenuo, aunque no por eso menos extendido, acerca de que la realidad económica actual no permite aplicar las soluciones y formulaciones que sí eran posibles hace años. No es la realidad económica la que ha cambiado sustancialmente, sino la ideología y la actitud política frente a esa realidad, y la mayoría de los cambios que atribuimos a la primera son simples consecuencias de las segundas. La economía de Gran Bretaña en tiempos de Keynes no era precisamente una economía cerrada. Y muchas de las críticas ejercidas a la orientación de la política económica de su tiempo se centraban en algo que hoy sería de plena

aplicación, que el bienestar de los países no se puede basar en una inútil competencia entre ellos, mediante la cual cada uno pretende arrebatarse al otro un trozo del pastel —lo que hoy llamamos competitividad—, sino en el crecimiento y expansión de las distintas economías, con lo que todos saldrían beneficiados.

Desde 1971, fecha en que Estados Unidos acepta la libre circulación de capitales, ésta se va imponiendo en todos los países, pero con ella también el imperio del dinero frente a los órganos democráticos. Actualmente, los mercados financieros tienen muy poco que ver con la economía real. Es cierto que la especulación y la irracionalidad han estado siempre presentes en los mercados financieros. Basta leer la obra de Galbraith “Breve historia de la euforia financiera” para ser conscientes de ello. Hoy nos resulta increíble que en el pasado se pudieran pagar sumas astronómicas por un bulbo de tulipán o por acciones de sociedades que nada valían. De la Historia se entresaca una enseñanza más: que allí donde los mercados no han estado reglados la catástrofe económica ha sido siempre la consecuencia.

Lo que llamamos globalización es tan solo la pretensión del capital de huir de todo control democrático, como demuestra el hecho de que mientras se crean espacios supranacionales en materia mercantil y monetaria tales como la Unión Europea se rechaza cualquier intento de crear a ese nivel instancias fiscales y políticas verdaderamente democráticas. La soberanía se le hurta a los Estados para transferirla a los mercados o a instituciones políticamente irresponsables como el Banco Central Europeo.

## La Unión Europea

Pero será quizás en el proyecto de Unión Europea donde aparezca de forma más clara el intento de insurrección del capital de las ligaduras democráticas. Porque tal vez haya sido en los países

Europeos en los que más se había avanzado en la construcción del Estado Social. La Europea que se está construyendo es sin embargo una involución clarísima en este proceso. Se ha dicho, por activa y por pasiva, que en la Unión Europea existe un fuerte déficit democrático, tanto que ya es casi un tópico afirmarlo. Las pequeñas modificaciones introducidas en Maastricht no cambian sustancialmente el esquema. Las competencias de la Comisión, carente de legitimidad democrática, son amplísimas y, en el Consejo, cada gobierno se escudará en los demás para justificar aquellas medidas sobre las que se le demanden responsabilidades políticas. A su vez, la única institución verdaderamente democrática, el Parlamento, carece de competencias.

Este vacío político y democrático se ha percibido incluso durante todo el proceso de decisión y aprobación en el que los distintos gobiernos, y no sólo el español, han procurado que la opinión pública estuviese ausente e ignorante de lo que se estaba jugando. Se ha configurado como exclusiva competencia de los gobiernos, y sólo ellos, y tal vez los “lobbies” económicos que actúan detrás, parecían realmente enterados.

Que esta filosofía antidemocrática subsiste detrás de toda la construcción de la Comunidad aparece de manera nítida en el diseño del futuro Banco Central Europeo, al que se configura como órgano autónomo e independiente ¿Independiente de quién?, ¿de dónde le vendrá su legitimidad?, ¿ante quién responderá democráticamente?, ¿en función de qué criterios ideológicos adoptará sus decisiones?

Es ya antigua la pretensión de separar la política monetaria de la política general, y de mantener sus mecanismos de decisión a salvo de las presiones populares. Late, en lo más profundo de esta filosofía, una desconfianza radical en la democracia y el rechazo a dejar la economía en manos de los políticos. Estos son demasiado vulnerables a las demandas de la “masa” y dependen en

exceso de sus electores.

Aun conociendo el sesgo economicista del Mercado Común y los intereses existentes tras todas sus normas e instituciones, resulta difícilmente comprensible cómo doce países, teóricamente paradigmas de la democracia occidental, alumbran un sistema tan profundamente antidemocrático como la Unión Monetaria diseñada en Maastricht. Al Sistema Europeo de Bancos Centrales (SEBC), formado por el Banco Central Europeo (BCE) y los bancos centrales nacionales, se le asigna en exclusiva la competencia en materia monetaria (art 105, &2) y al mismo tiempo, en el ejercicio de estas facultades, se le prohíbe solicitar o aceptar instrucciones de ninguna institución u organismo comunitario ni de los gobiernos y Estados miembros. Es decir, sólo responden “ante Dios y ante la Historia”.

La política monetaria (y con ella en cierta forma toda la política económica) se coloca así al margen de los avatares políticos, de las ideologías, de las preferencias sociales y de la voluntad popular. La teórica estabilidad de precios se ubica como objetivo primario y esencial de la política económica, y a ella tendrá que subordinarse cualquier otra finalidad. Y para dejar atado y bien atado este axioma, su instrumentación se separa del control de los órganos democráticos y se entrega a instituciones pretendidamente neutrales. Los gobiernos y parlamentos deberán conformar el resto de su política económica a las coordenadas monetarias establecidas por el SEBC, y cualquier desviación del mapa trazado será castigada con la recesión y el desempleo. Las organizaciones sindicales quedarán apresadas en una fuerte tenaza que les obligará a ajustar sus reivindicaciones salariales a la senda marcada por la autoridad monetaria o convertirse, en caso contrario, en responsables de la recesión y del paro. Pero, lo que es aun más grave, el desempleo será el coste a soportar no sólo cuando el aumento de precios obedezca a una falta de moderación salarial, sino cuando se produzca por la pretensión de mayores be-

neficios de los empresarios, o cuando los “sabios monetarios” se equivoquen, cosa que suele ocurrir con bastante frecuencia sin que se les puedan exigir responsabilidades.

La política monetaria se ha refugiado en un lenguaje arcano, misterioso, que muy pocos dominan. Será, con seguridad, dentro de la disciplina económica, la parte más esotérica y menos accesible, y a la que se ha querido revestir de un carácter más técnico y neutral. Sin embargo, la historia económica de todos los países está plagada de situaciones en las que una política monetaria restrictiva —no sé por qué, pero las políticas monetarias siempre tienen una finalidad restrictiva— ha originado efectos desastrosos, y salir de la crisis sólo ha sido posible tras muchos años de sacrificios y después de pagar un alto coste, tanto bajo la forma de menor crecimiento como de aumento del desempleo. Es relativamente fácil deprimir una economía, pero mucho más difícil reactivarla.

Pero, entonces, ¿por qué goza de tan buena prensa la política monetaria? Existen muchos intereses en juego. Las restricciones monetarias, con las consiguientes elevaciones de los tipos de interés, benefician a los poseedores de capital frente a los asalariados, y al capital financiero frente al industrial. La escasez de créditos y su encarecimiento grava negativamente a las economías familiares y a la pequeña y mediana empresa, mientras que las grandes sociedades suelen poseer otras fuentes alternativas de financiación y pueden defenderse mejor ante la subida del precio del dinero. Traspasando los velos de mediación cognoscitiva que, como trampas intelectuales, crea la teoría económica, lo cierto es que, de los dos factores a los que se puede reducir en última instancia toda actividad productiva, los altos tipos de interés mejoran la rentabilidad del capital y perjudican al factor trabajo, bien mediante el incremento del paro, bien mediante la reducción del salario real.

La política monetaria se ha convertido en una sutil arma de los poderes económicos y de las fuerzas conservadoras. Las restricciones monetarias fuerzan a gobiernos y sindicatos a moderar sus pretensiones económicas bajo la intimidación de la crisis y el paro. El chantaje resulta eficaz. En la lucha perenne entre clases sociales que significa el proceso de distribución de la riqueza y la renta, la amenaza del torniquete monetario suele ser un instrumento disuasorio de las exigencias de mayores salarios de las organizaciones sindicales, y de la propensión de los gobiernos actuales a incrementar los gastos sociales como consecuencia de la presión de sus electores. Si la advertencia no es escuchada, las medidas restrictivas impondrán, a través de duras condiciones económicas, el equilibrio original.

Este sistema institucionaliza en el marco de la futura Unión Europea las ambiciones más queridas del pensamiento conservador: liberar a la economía de la política, emanciparla de todo control democrático. Se constitucionaliza una determinada política económica, dominante en los últimos años en el mundo occidental, que ha instalado a todos los países en tasas de desempleo inimaginables a principios de los años 70. Representa la muerte del Estado social y de su política de pleno empleo.

Este proyecto aún no ha visto la luz. Pero lo cierto es que su solo diseño está actuando ya en los países miembros a través de las modificaciones de los estatutos de sus bancos centrales, condición impuesta por el propio Tratado de Maastricht. Concretamente en España, la Ley de Autonomía del Banco de España modifica sustancialmente la Constitución, es incompatible con el marco económico diseñado en ella y representa una involución en el desarrollo de los principios democráticos.

El modelo que se perfila constituye una clara involución de lo que ha sido el proceso europeo de desarrollo, enmarcado en las coordenadas del Estado social de derecho. La ausencia de una po-

lítica social comunitaria genera el riesgo, e incluso la certeza, de que los países miembros intenten mejorar sus respectivas posiciones competitivas basándose en bajos costes laborales, y los sindicatos nacionales se encontrarán cautivos en la difícil encrucijada de o bien renunciar a toda mejora laboral o social, o bien ser tildados de responsables del deterioro de la inversión y del crecimiento del desempleo.

La libre circulación de capitales, sin una armonización fiscal previa, implica la condena a muerte de un sistema fiscal progresivo. Todos los países tenderán, lentamente pero de manera continuada —con el fin de atraer capital o simplemente de que éste no emigre a otras zonas fiscales más benignas—, a reducir la tributación de las rentas no salariales. Esta mutua emulación desembocará, indefectiblemente, en sistemas tributarios basados en impuestos sobre las nóminas e indirectos, sobre el consumo, y por lo tanto regresivos.

El Mercado Único se ha construido bajo supuestos falsos y sin haber colocado con anterioridad los cimientos necesarios. La libre circulación de capitales habría exigido, como mínimo presupuesto previo, una armonización de la imposición directa entre todos los países y unas reglas comunes de persecución del fraude. Cualquier desigualdad en la presión fiscal sobre el capital, bien sea en el ámbito normativo o bien de hecho por existir distintas posibilidades de evasión, introduce elementos espurios de competencia capaces de generar movimientos de fondos de unos países a otros. Es curioso que la Comunidad, que ha generado toda una maraña normativa para armonizar todo lo armonizable y evitar así que se violen las sacrosantas reglas de la competencia, permanezca totalmente pasiva ante las disparidades fiscales. Esta aparente falta de lógica tiene su explicación, explicación que se encuentra en la presión de las fuerzas conservadoras, en los supuestos del neoliberalismo económico y en las conveniencias del poder económico. Si no se da una armonización fiscal por acuer-

do político entre los Estados, ésta se acabará produciendo, pero bajo unas coordenadas de mínimos, es decir, todos los países tenderán a dejar libre de tributación el capital y sus rentas, que es lo que precisamente desea el capitalismo internacional.

Se defiende un mercado transnacional, pero se niega cualquier unidad política en el mismo marco internacional, e incluso se boicotea cualquier acuerdo entre los Estados que sirva de norma y regla para el juego mundial del mercado. Aceptar estos principios es sin duda perder la batalla, asumir que la economía es autónoma y que el Estado nada tiene que hacer o, más bien, nada puede hacer para corregir las desigualdades creadas por el mercado.

A poco que se bucee en la historia de ese viejo continente que es Europa, se descubre de manera inmediata los muchos siglos que se han necesitado para la formación de las unidades territoriales que hoy llamamos Estados. El proceso, desde luego, ha sido cualquier cosa menos pacífico y estable. Incluso, en la actualidad, las tendencias centrífugas permanecen muy presentes.

Por eso no se puede por menos que contemplar con gran escepticismo y considerar como algo ilusorio la pretensión de realizar en pocos años la unión de países y regiones tan diferentes, con idiomas, instituciones y tradiciones diversas. Es mero voluntarismo, voluntarismo que se transforma en demencia cuando lo que se pretende integrar no son ya seis Estados más o menos homogéneos económicamente, sino cuando, a un ritmo vertiginoso, se pasa de los seis a los doce, más tarde a quince, y se proyecta para un futuro inmediato extenderlo a treinta.

Es cierto que algunos se apresurarán a argumentar que no se trata de crear ningún otro Estado supranacional ni ninguna federación de Estados. Lo único que se pretende es la formación de un espacio económico libre de injerencias políticas, donde las mercancías y el capital puedan moverse a sus anchas y sin obstáculos.

culos, introduciendo tan sólo aquellos elementos comunes, como la moneda única, necesarios para que ese supramercado funcione. Pero, si es así, dígase abiertamente y abandónese, pues, todo discurso melifluido y transcendental del que normalmente se revisten los defensores de la actual Unión Europea. Planteadas así las cosas, nos encontramos ante un mero tema pragmático: a quién beneficia y a quién perjudica, y en qué grado.

En estos términos, sí aparece la verdadera naturaleza del proyecto, su asimetría y, por lo tanto, su intrínseca perversidad; porque mientras determinados aspectos —los mercantiles, monetarios y financieros— se supranacionalizan, los políticos, sociales, laborales y fiscales permanecen en el estricto ámbito de los Estados-nación, impotentes ya para limitar y compensar el poder económico y corregir los fallos y las enormes desigualdades que se generan en los mercados cuando se les abandona a sus propias leyes.

El problema no radica en que los Estados-nación pierdan soberanía, sino en que no existe ninguna institución política y democrática —ni parece que la vaya a haber a corto plazo— que pueda asumir la soberanía cedida. Lo que en realidad entra en crisis es el propio concepto de democracia, porque las competencias se hurtan a las instituciones políticas nacionales —que aun con todos sus defectos e imperfecciones se basan en principios democráticos—, para entregarse a los mercados dominados por el poder económico y a instituciones seudotécnicas y políticamente irresponsables, como el Banco Central Europeo. El actual diseño de la Unión Europea hace imposible el concepto de Estado que hoy figura en todas las constituciones de los países europeos, el Estado social, para retornar a otro que se creía definitivamente abandonado: el liberal del siglo XIX, el del *laissez faire*, el Estado gendarme, el Estado policía, que se cruza de brazos ante los desequilibrios y desigualdades que se originan en el mundo económico.

La futura Unión Monetaria clausurará este proceso, porque los gobiernos nacionales perderán toda posibilidad de instrumentar una política económica; es más, al control de la inflación y a la estabilidad monetaria se tendrá que sacrificar —ya se está sacrificando— cualquier otro objetivo económico: crecimiento, empleo, redistribución de la renta, etcétera. Resulta sencillo adivinar a quién beneficia y a quién perjudica este nuevo esquema, y a dónde nos conduce. No es por casualidad que, en los momentos actuales, los distintos países europeos tengan los mayores niveles de paro de su historia reciente y, por el contrario, que las etapas de expansión y crecimiento sean cortas y de baja intensidad. No es por azar que hoy se afirme sin rubor que ese Estado del bienestar, que sí era posible hace veinticinco años, hoy no lo sea, cuando en cualquier país se produce dos veces lo que entonces, es decir, cuando nuestras sociedades son el doble de ricas.

Si en el ámbito nacional son las capas de población menos favorecidas las que están sufriendo los efectos negativos de este loco proyecto, en el orden internacional las consecuencias serán especialmente desastrosas para los países más pobres. Si se llegase a realizar la Unión Monetaria, las distintas economías se verían obligadas a trasladar al campo real todos los ajustes derivados de cualquier perturbación económica. Es fácil imaginar en qué se hubiese convertido la Alemania del Este si el proceso de unificación alemán hubiese discurrido por los mismos cauces que la Unión Europea.

Tan sólo los intereses económicos que se ocultan tras el mercado europeo y la moneda única pueden explicar la obcecación de la práctica totalidad de los jefes de Estado y de gobierno en llevar adelante un propósito tan claramente disparatado. Los hechos, broncos y tozudos, indican día a día la inviabilidad de este proyecto tal como está diseñado y, lo que es más preocupante, las graves consecuencias —muchas de ellas irreversibles— que se derivarían si al final los distintos gobiernos se empeñasen en cons-

truir la unidad a “martillazos”.

## El Fondo Monetario Internacional

Si nos trasladamos al tercer mundo ha sido el FMI el portavoz del neoliberalismo económico y el encargado de imponer en ellos sus principios y política. Las instituciones son como monstruos, una vez fundadas adquieren dinámica propia y sobreviven a la finalidad para la que se las creó. Nos acostumbramos a ellas, y nadie se pregunta si en las nuevas coordenadas continúan teniendo vigencia. El FMI se constituyó como instrumento al servicio de un Sistema Monetario Internacional que hace más de veinte años que periclitó; alguien entonces debió de afirmar que el Fondo había muerto, pero como cadáver se ha mantenido a lo largo de estos veintitantos años, y nada más pesado que arrastrar un cuerpo inerme. Es importante hacer memoria, y plantearse cuál fue su origen, cuál ha sido su actuación y cuál es el papel que asume en la actualidad.

La imagen que hoy se pretende ofrecer de él como institución técnica y objetiva está muy alejada de la realidad. Desde su origen, el FMI ha sido una instancia política. Nace como pacto entre los países ganadores de la Segunda Guerra Mundial, de cara a establecer un nuevo orden económico mundial y un sistema monetario que garantizase el funcionamiento del comercio internacional, de acuerdo con los cánones liberales que propugnaba y convenían a Estados Unidos, país realmente hegemónico tras la contienda. El acuerdo anglonorteamericano fue desigual; la situación de ambos países era muy distinta. Gran Bretaña había sufrido la parte más dura de la guerra, su economía estaba hundida y sus finanzas hipotecadas por la deuda de los suministros, necesitaba la ayuda norteamericana y no tuvo más remedio que plegarse a los dictados de Estados Unidos. Por eso en Bretton Woods, y ya antes en las reuniones preparatorias de Washington y de

Atlantic City, se impuso, para la creación del FMI, el diseño de White -representante norteamericano- y no el de Keynes, comisionado por Inglaterra.

A Keynes le cupo la ingrata labor de convencer a sus conciudadanos de un proyecto que él no compartía, pero que juzgaba necesario, al ser el coste que deberían pagar por mantener la alianza anglonorteamericana, condición imprescindible para la recuperación económica de Gran Bretaña. Pero, al mismo tiempo, asumió, una vez más, el no menos desagradable papel de Cassandra. En esta ocasión frente a Estados Unidos, anunciando los peligros que se derivarían de tal proyecto. Keynes planteó sin éxito las condiciones raquíticas del diseño y la carencia de liquidez mundial de la que se partía; la asimetría del sistema que, si bien penalizaba a los países deudores y les obligaba a realizar duros ajustes, no exigía que se implantasen medidas correctoras en aquellos Estados que presentasen superávit en sus balanzas de pagos -principalmente, en aquella fecha, Estados Unidos-; y por último y quizás más importante, el riesgo que existía de que el FMI se convirtiese en un instrumento político al servicio del país o países hegemónicos en el concierto internacional, no sólo porque su sede se situase en el país de más cuota y porque los directores ejecutivos residiesen permanentemente en la sede -aspectos que Keynes criticó-, sino porque la capacidad de girar contra el Fondo no se configurase como un derecho de los países deudores, sino como una concesión discrecional que la institución concedía bajo determinadas condiciones e intromisiones en las políticas económicas nacionales.

Al igual que en otras muchas ocasiones, las advertencias de Keynes se hicieron realidad. Muy poco tiempo se necesitó para comprobar la inoperancia del recién estrenado Sistema Monetario Internacional; la libra esterlina no tardó en suspender la convertibilidad, y tan sólo los millones de dólares del plan Marshall fueron capaces de devolver la tranquilidad y solucionar momen-

táneamente la asimetría y falta de liquidez del sistema. Posteriormente, el equilibrio se mantuvo por la nueva condición de deudor de Estados Unidos y por el hecho de que el resto de las naciones aceptaron el dólar como moneda de reserva, pero al coste de que todos los países, pobres y ricos, financiasen gratuitamente el déficit comercial y, por lo tanto, el crecimiento económico de Norteamérica. Antes o después la confianza en el dólar se tenía que resquebrajar, como ocurrió a principios de los setenta cuando se declaró su no convertibilidad, hundiéndose el sistema y entrando en flotación las distintas monedas.

Pero donde Keynes acertó en mayor medida fue al vislumbrar el peligro de que el FMI se convirtiese en un mecanismo de dominación política. La actuación de esta institución, principalmente en el Tercer Mundo, confirmó con creces esta predicción. Es bien conocido el aciago papel asumido por el FMI. El apoyo económico prestado a los países en desarrollo, amén de hacerlo en muchas ocasiones casi en condiciones financieras de mercado, se ha supeditado a la puesta en ejecución de toda una serie de medidas de política económica que en la mayoría de los casos iban en detrimento de las economías de esos Estados, pero en consonancia con los intereses de las grandes potencias y del capitalismo internacional. Los costes sociales de sus dictámenes eran tan elevados que pocos países podían adoptarlos si no eran dictaduras o se comportaban como tales. No sin cierta ironía se ha afirmado, por parte de algunos, que él solo ha derrocado más gobiernos que Marx y Lenin juntos. El FMI ha sido la catedral de las teorías conservadoras en materia de política económica, y el brazo armado en el tercer mundo de los intereses americanos y de las grandes multinacionales. Quizás sea éste el único papel que actualmente mantiene. No es casualidad que su cincuenta aniversario haya levantado un movimiento de protesta internacional, tan fuerte como el que se ha aglutinado alrededor del Foro Alternativo y el de la Campaña Cincuenta Años Bastan.

A lo largo de todos estos años, el F.M.I. ha aparecido como fuente de financiación de aquellos países en vías de desarrollo que tuvieran necesidad de divisas por dificultades en sus balanzas de pagos, pero esta ayuda no se percibía de manera gratuita, sino condicionada al precio de amoldar las políticas económicas nacionales a las prescripciones del F.M.I. Se debía recortar el volumen y la influencia del sector público en favor del sector privado, pasando de situaciones de déficit a las de superávit presupuestarios; al mismo tiempo, se exigía retraer fondos de las industrias que atendían al mercado interior, hacia aquellas orientadas a la exportación, con el objetivo de producir un excedente en su comercio internacional de artículos de consumo y, en consecuencia, una corriente neta de ingresos en divisas que pudiera ser utilizada para pagar los intereses y dividendos a los acreedores de otros países. Normalmente se les obligaba a devaluar el tipo de cambio de su moneda con el fin de aumentar el precio de las importaciones y disminuir el de las exportaciones.

Las consecuencias de estas políticas resultaban, a menudo, desastrosas. Cortaban la posibilidad de desarrollo a medio plazo y disminuían el nivel de vida de la mayoría de la población, excepto el de los ricos, los cuales veían incrementadas considerablemente las posibilidades de evadir capitales gracias a la liberalización de los controles cambiarios que el propio Fondo imponía. Se creaba una especie de círculo vicioso, donde el dinero evadido volvía en forma de préstamo, y donde los intereses de los créditos y las nuevas evasiones que permitían las medidas liberalizadoras, hacían necesaria la concesión de nuevos préstamos. Durante 1984, por ejemplo, los países en desarrollo ingresaron en el sistema bancario internacional el doble de lo que obtuvieron del mismo. Esta evasión de capitales generalizada fue siempre ignorada por el F.M.I., que, eufemísticamente, llamó a los déficit crónicos de la balanza mundial de pagos, discrepancias estadísticas.

Las devaluaciones en los tipos de cambio no provocaron un

aumento de los ingresos de la balanza de pagos como consecuencia de incrementar las cantidades exportadas, sino más bien los redujeron vía disminución de los precios de los artículos exportados. Los cambios experimentados en las balanzas comerciales no se produjeron, por tanto, por la expansión de las exportaciones, tal como había previsto el F.M.I. sino por un colapso de las importaciones, principalmente en bienes de equipo, recambios industriales y alimentos que ocasionaron la parálisis del crecimiento y desarrollo de dichos países. El dinero antes gastado en importaciones e inversiones tuvo que ser empleado en el pago de intereses y amortizaciones de la deuda.

Los recortes en el sector público no solo crearon estrangulamientos importantes al desarrollo económico, sino que generaron costes sociales difíciles de asumir y ocasionaron intranquilidades políticas y económicas que incrementaron las fugas de capitales. Ya en los años sesenta el vocable "tumulto Fondo" estaba perfectamente asimilado al argot de los pueblos en vías de desarrollo. No es de extrañar, pues, que la mayoría de los países se hayan resistido siempre a acudir al Fondo, y que tan solo lo hayan hecho en situaciones críticas, y una vez que agotadas otras fuentes de financiación.

Múltiples serían los casos que podrían citarse sobre las consecuencias desastrosas que para los distintos países en vías de desarrollo ha tenido la ingerencia del Fondo, permítasenos tan solo citar como ejemplo anecdótico el caso de Turquía: en 1980 el gobierno logró del F.M.I. la concesión de un empréstito de 1.600 millones de dólares, las condiciones eran las de siempre: devaluación de la moneda, altos tipos de interés, reducción del sector público, e, implícitamente, congelación salarial. Ante las explicaciones de Turgat Ozal, Ministro de Planificación, Bulent Ecevit, jefe de la oposición, comentó: "Un modelo que ha ido a la quiebra en Latinoamérica se importa ahora en Turquía, o bien no funcionará o bien impondrá restricciones a la democracia. No puede

aplicarse sin bayonetas”. Unos meses más tarde los militares se hacían con el poder.

Se ha generado una situación asimétrica. La influencia del Fondo ha sido nula e inoperante en los países ricos, más bien eran éstos los que influían en aquél; por el contrario, el Fondo ha impuesto en múltiples ocasiones una tiranía económica a aquellas naciones que necesitaban de su financiación, obligándolas a adoptar en su política interna sus prescripciones, aun cuando fueran nefastas para su economía. En los momentos presentes, para los países desarrollados, el FMI es una reliquia del pasado que carece de función como no sea la de legitimar con sus informes -realizados muchas veces al dictado- las políticas económicas de los gobiernos conservadores, y servir de coartada al carácter anti-social de ciertas medidas de política económica.

Permítanme que termine tal como empecé, citando a Fukuyama y a ese su libro *El fin de la historia y el último hombre* ya que le considero representante y paradigma de toda una manera de pensar y lo que es peor de actuar que dan por inmutable el orden existente precisamente porque les gustaría que este no pudiese cambiar.

El futuro de la humanidad debe constreñirse a lo que él, Francis Fukuyama, puede concebir o pensar, y como su mente es incapaz de imaginar nada más perfecto que el sistema capitalista y la democracia liberal, es evidente que la historia humana ha llegado al punto final. Nos encontramos en el mejor de los mundos posibles.

Pero los largos meandros de sus libro terminan siempre en mostrarnos a la sociedad actual norteamericana como paradigma, la nueva Jerusalén, ciudad de Dios, fin de la historia, e identificar al último hombre con el ciudadano yanqui. Esa es la definitiva morada. Los pueblos, las naciones, la sociedades están en el camino y se acercarán o alejarán de la meta en función de cómo se

adapten al modelo.

Por eso al final del libro, Fukuyama puede concebir a la humanidad como una larga caravana de carretas que avanzan por el camino y que aún siguiendo rutas dispares, dando rodeos, realizando paradas más o menos prolongadas, padeciendo accidentes o ataque de los indios, incluso equivocando el sendero, antes o después llegarán al paraíso de perfección del que algunos privilegiados ya gozan.

Fukuyama ratifica la afirmación de Kojève, su padre espiritual, (gran parte del libro consiste en repetir las ideas que Alexandre Kojève desarrolla con la pretensión de interpretar Hegel) de que «la América de posguerra es la sociedad sin clases de Marx en el sentido de que si bien no se ha eliminado toda desigualdad social, todas las barreras que persisten son en cierto modo “necesarias y no erradicables” debido a la naturaleza de las cosas y no a la voluntad del hombre. Dentro de estos límites, afirma, puede decirse que la sociedad ha conseguido el reino de la libertad de Marx, al abolir realmente la necesidad natural y al permitir a la gente que se apropie de lo que quiera a cambio de una cantidad mínima (en términos históricos) de trabajo».

Las desigualdades actuales son para Fukuyama accidentes, defectos necesarios en el funcionamiento del sistema. No afectan en absoluto a la validez del modelo. Algunos podrán solucionarse en el futuro, la mayoría tan imprescindibles como los desniveles energéticos, para que nuestra sociedad sea dinámica. Lo peligroso es la ley de la entropía.

Fukuyama no ve contradicciones en el sistema, es de suponer que escuchará con suma naturalidad el informe de la Reserva Federal acerca de que el 1% de las familias más ricas de Estados Unidos (834.000) acumulan la misma riqueza que el 90 por ciento de estrato inferior (84 millones de familias).

Y que decir del ámbito mundial. Claro que para Fukuyama la responsabilidad radica en los propios países subdesarrollados. Nueva versión de que los pobres son los culpables de su pobreza.

La teoría de la dependencia se despacha con la fácil estrategia de poner el ejemplo de los países del sudeste asiático. La solución al desarrollo económico consiste en que los trabajadores sepan aceptar condiciones laborales tan duras como sean exigidas por el capital.

Frente a esa visión idílica de los miles de Fukuyamas apologistas del actual orden económico internacional, resuenan las palabras proféticas de Leonardo Boff.

“Ahora, cada vez se habla menos de desarrollo y más de mercado y de integración en el mercado mundial. En ese proceso de mundialización dentro del sistema neoliberal, nosotros ni siquiera tenemos el privilegio de ser subdesarrollados, nosotros somos excluidos. No contamos para nada porque no tenemos competencia en el mercado mundial. Los que no tienen competencia no existen en el mercado. Y los excluidos del mercado están abocados a la muerte (...). Esta situación actual es para mí la más dramática de las que han padecido América Latina y África: estamos fuera del proceso mundial como excluidos, entregados a nuestra propia suerte, con niveles de miseria como jamás hemos tenido en nuestra historia. Antes éramos pobres, pero teníamos esperanza; hoy somos más pobres y no tenemos esperanza”.